

REVISTA EUROPEA.

NÚM. 250

8 DE DICIEMBRE DE 1878.

AÑO V.

EXPEDICION DEL MAESTRE DE CAMPO

BERNARDO DE ALDANA

A HUNGRÍA EN 1548.

(Conclusion.) *

Llegada que fué la gente alemana á dos leguas de Agria, Juan Bautista se partió con la gente española y húngara que allí tenían Erasmo y Aldana, vispera de Pascua de Spiritu Sancto á los 16 de Mayo 1551, y se comenzó á caminar la vuelta de Transilvania con muy grandes calores hasta llegar á sus confines. En este tiempo habiendo la reina viuda de Joanes vuelto á tomar las armas y salido el Fraile en su contra, éste se apoderó de Albajulia, plaza de alguna importancia, y viendo ella las fuerzas del Rey que venian en ayuda del Fraile, tomó la determinacion de entenderse con él para la entrega de Transilvania. Avisó el Fraile á Juan Bautista que en vista de esto detuviese su marcha, pero éste, queriéndose hallar en la negociacion, penetró con sus tropas en el territorio, y comenzó á tratar con la Reina, valiéndose de la amistad que adquirió con su médico, de nacion italiano, muy familiarizado con ella. El resultado fué deponer la Reina y el Príncipe Joanes sus pretensiones sobre Transilvania y reconocer el vasallaje del Rey de Romanos mediante ciertas capitulaciones estipuladas. A muchas de estas ceremonias asistió Aldana que mandaba la gente española. Con esto se despidió la Reina de aquellos señores y se partió la vuelta de Caxonia, su tierra entre los confines de Hungría y Polonia, y el Fraile con algunos caballos y Aldana con 200 españoles la acompañaron hasta el confin del reino; y allí despedidos el Fraile y Aldana se volvieron, y ella prosiguiendo su camino, al tiempo que pasaba las montañas, apeándose cabe una fuente para refrescarse del gran calor que hacia, escribió de su mano con un cuchillo en un árbol de los que cabe la fuen-

te estaban, que eran más altos que álamos, tres letras que fueron estas S. F. V. y en baxo una Y, que es la primera letra de su nombre, y tornando á cabalgar se fué. Dicen que Juan Bautista hizo despues poner allí á la fuente un mármol en que transfirió las mismas letras adornándolas con otras invenciones y versos.

Al tiempo que el Fraile y Aldana volvian de acompañar á la Reina descubrieron por el mismo camino que ellos venian, como hasta treinta caballos húngaros y otros seis de diversos trajes, y supieron que era un sobrino de Juan Bautista, llamado Juan Alfonso, que llevaba las insignias reales que habia entregado la Reina para entregarlas al Rey de Romanos. De lo cual el Fraile se dolió mucho, diciendo que sin darle parte desto queria Juan Bautista ganar las gracias con el Rey y coger el fruto de sus trabajos, escluyéndole por hombre sospechoso, sin tener cuenta con el servicio que él habia hecho á Dios y al Rey en traer aquel reino á sus manos. Muchos tuvieron por cierto que Juan Bautista, teniendo en cuenta la gran influencia y poder que el Fraile tenía en Transilvania, y que podia cuando quisiese levantar el reino y alzarle contra el Rey de Romanos, le aconsejó su muerte, pues con su vida cesarian todas las sospechas y temores.

Partida la Reina, se apresuró el tomar posesion de aquel reino, y Pedro Viche, caudillo de las tropas de la Reina, pidió le enviasen persona á quien hacer debidamente la entrega de lo que tenia á su cargo, para lo cual se envió á Bater Andrea con otros señores principales y entre ellos fué Alonso Perez de Sayavedra, hijo del capitan Sayavedra que murió en Puzol cuando Barbaroxa pasó por allí. A este habia el Rey hecho capitan de cien caballos húngaros y en poco tiempo hablaba razonablemente la lengua y era bien quisto entre los húngaros por ser valiente y arriesgado soldado. Era muy amigo de Estéfano Losonz, capitan de quinientos caballos, y nunca se apartaron el uno del otro hasta que en Temesbar los mataron á ambos.

En esto, los turcos, descontentos del giro que

(*) Véanse los números 246 y 247, páginas 577 y 620.

habían tomado las cosas de Transilvania, se fueron juntando en Belgrado para deshacer aquella union. El Bater Andrea, que estaba en Temesbar, pidió socorro, y no habiendo quien quisiese ir á socorrer aquellas partes inferiores, persuadido Aldana de los húngaros con el deseo que tenía de servir al Rey y también por apartarse de Juan Bautista, tomando su compañía y 50 soldados de la de Luis de Barrientos, y 500 caballos y 200 ayduques y dos piezas de artillería, se partió á 12 de Agosto de 1551 para Temesbar.

Pocos días después tuvieron aviso cómo 200 caballos turcos habían pasado la Tiscia y corrido casi hasta Temesbar y se habían llevado mucho ganado, y que saliendo solos los villanos de aquel país se los habían quitado, rompiéndolos y matando muchos dellos, por lo cual ordenó Aldana que fuesen 500 caballos húngaros y por capitán dellos un caballero húngaro llamado Gabriel Pereni y á D. Luis Osorio, sobrino de doña Leonor Osorio, mujer de Juan de Vega, con 20 españoles, para que tomasen lengua y supiesen dónde estaban los turcos y qué designios traían, y también que reconociesen el país; de cuya comision dieron luego cuenta á Aldana y á Bater Andrea. Por venir el Turco muy pujante de fuerzas, salió el Bater Andrea á reunir gente con que aumentar su pequeño ejército, quedando en la ciudad Aldana y Estefano Losonz, el uno con el mando de los españoles y el otro con el de los húngaros. Comenzó Aldana á reparar las fortificaciones y pidió á Juan Bautista socorro de gente, quien le envió solamente la compañía de Luis Ordoñez, que no llegarían á 150 hombres, con la cual venía su hermano Gaspar Pizaño, porque el Luis Ordoñez había poco que era muerto, hasta que después se dió la compañía á D. Gaspar de Castelví.

Constaba el ejército turco de tres mil jenízaros y 60.000 caballos, y era su primer propósito pasar la Tiscia y apoderarse de Besquerec, Beche, Temesbar, Lipa y Solmos.

Aldana, viendo la proximidad de los turcos, apretaba en la fortificación, en la cual al principio solo trabajaban los españoles, porque los húngaros como la gente de guerra no tienen por costumbre trabajar en cosas semejantes, se reían de los nuestros; mas cuando conocieron la necesidad y el peligro trabajaron todos.

En este tiempo los enemigos, pasado el rio,

sitieron á Beche, y tomándolo por asalto, degollaron á todos sus defensores. Con esto los de Besquerec con la gente que Aldana había enviado para defenderlo, lo desampararon apoderándose de este castillo los turcos, y poco después de otros dos cerca de Temesbar, y diciendo que querían dejar á esta ciudad para la postre, se pusieron sobre Lipa y el castillo de Solmos.

Andaba en tanto Bater Andrea congregando la más gente que podía en aquellos contornos de Lipa, mas como supieron los ya alistados las victorias del ejército turco y su proximidad, muchos huyeron y no se volvió á presentar hombre para alistarse, por lo que tuvo que ir á reunir gente á la parte de Transilvania, dejando en guardia del castillo y tierra de Lipa un caballero húngaro, copero del Rey, llamado Joan's Pete, con 400 húngaros y más de 200 ayduques, los cuales, como supieron la venida de los turcos á Lipa, lo desampararon. El Turco se posesionó de ella y pasó á combatir el castillo de Solmos, pero no pudiéndolo tomar fácilmente se fué la vuelta de Temesbar.

De hora en hora avisaba Aldana á Juan Bautista y al Fraile de lo que pasaba para que con toda brevedad proveyesen en socorrer aquellas partes. El Fraile, no obstante sus diferencias con Juan Bautista, estaba espantado del poco recaudo que el Rey allí tenía, pues solo eran mil españoles sin los que estaban en Temesbar, 3.000 tudescos, cuatrocientos herreruelos y seis mil húngaros de los ordinarios y más la gente que traía Sforza Palavicino, que eran otros 3.000 tudescos y 600 lanzas tudescas, 20 piezas de artillería y otras pequeñas de campaña, y por esta causa se entendía con Juan Bautista en proveer de gente y socorros.

No quería éste que se socorriese tan pronto á Aldana, pero el Fraile, conociendo la importancia de aquella plaza, caminó hácia ella con gente numerosa pero poco útil. De toda la que estaba dentro, que era tanta que no cabía por las casas, por haber hecho Aldana quemar los arrabales y meter dentro de la ciudad á sus moradores, habían escogido Aldana y Losonz hasta 3.000 hombres de pelea, sin los españoles. Llegada la vanguardia turca á los 15 de Octubre, antes que el socorro del Fraile, Aldana y Losonz cabalgaron con hasta 200 caballos, haciendo Aldana salir 200 escopeteros húngaros, porque los

españoles en quien tenía su confianza no los quería sacar á escaramuzas y dexábalos en la ciudad en guardia de las puertas, que como más pláticos entendían y sabían mejor lo que habían de hacer. Estos dos caudillos, teniendo por reparos los burgos quemados, comenzaron á escaramuzar con los enemigos, donde el Losonz y Alonso Perez de Sayavedra se aseñalaron metiéndose mucho en los enemigos, teniendo á Aldana á las espaldas, que con mucho cuidado y diligencia cebaba la escaramuza, hasta que al cabo de una hora hizo retirar á los nuestros. El mayor trabajo que Aldana tenía era animar la gente húngara, que estaba tan desmayada, que mil veces se le quiso amotinar, y él les mostraba cartas de Juan Bautista y del Fraile, y del socorro que venía, aunque él ninguna esperanza tenía que venía en tiempo; y los pocos españoles que conservaba consigo, tenían los más las manos llenas de ampollas del trabajo, y más de 50 enfermos, aunque éstos, llegados los turcos, se levantaron todos.

Luego otro día envió el Beglerbeg, general de los turcos, á decirles que le dexasen la tierra si no que á todos los pasaria á cuchillo, á lo cual no le respondieron nada. Como el Beglerbeg tenía aviso del socorro que venía de Transilvania, antes que llegase deseaba tener ganada á Temesbar, y empleó para conseguirlo mil ardidés de guerra. La tardanza del Fraile daba á todos sospechas, ó de que deseaba que Aldana se perdiese allí, ó de que estaba en connivencia con los turcos. Persuadido el Rey con estas cosas, ora por parte de Juan Bautista, ora por cualquiera otra, cinco ó seis dias antes de llegar á Lipa, llegó por la posta Julian de Salazar, repostero mayor del Rey, con la orden para matar al Fraile; y por otra parte le llegó, por parte del Papa, dende á dos dias despues de llegado el Salazar con el capelo de Cardenal, que parecia la fiesta de Ramos. Caminando ellos de esta manera, el Beglerbeg combatia furiosamente á Temesbar. Los defensores se batian bien, pero Aldana temia á cada paso que los húngaros le hiciesen traicion; mas fuese que la artillería enemiga no hiciese gran efecto en las fortificaciones, ó que se aproximaba el ejército del Fraile, luego mandó el caudillo turco levantar el artillería y caminar á Tiscia, quedándose él en el campo con la demás gente, retirándose de él poco despues no sin perseguirlo con escaramuzas Aldana.

Luego salió Losonz con 500 caballos y D. Luis Osorio, en su compañía, con 12 españoles á picarles la retaguardia, y al cabo de dos dias de camino, sin encontrar á nadie, dieron en el castillo de Fenac, donde habia 50 turcos de guarnicion. Llegados al casar, D. Luis entró en la plaza con dos españoles, donde toparon un turco que, así como los vió, fué huyendo hácia el castillo, y el D. Luis y sus compañeros tras él. Llegados á la puerta del castillo que estaba abierta, quisieron alzar la puente, mas los nuestros mataron luego dos turcos de dos arcabuzazos, y D. Luis saltó de piés en la puente, y ayudándole sus dos compañeros comienzan á combatir con los de la puerta, no dándoles lugar que la pudiesen cerrar, y á la grita acudieron los otros diez españoles, y en llegando, el D. Luis arremetió con ellos á la puerta tan determinadamente, que se entró con los enemigos, y acudiendo ansimesmo los húngaros ganaron el castillo, y tomando 22 en prision, porque habian muerto todos los demás, se volvieron con buena presa de caballos y tapetes y aforros y algunos mosquetes y pólvora, poniendo fuego al castillo. Mataron un soldado español, y á D. Luis hirieron de una estocada por la boca, derrocándole dos dientes y cortándole un poco en la lengua, de lo cual en breve sanó.

Seis dias despues de partido de Temesbar el Beglerberg y su ejército, llegaron en Lipa el Fraile y Juan Bautista con el suyo, que se podia decir el de Escalona. El mismo dia llegó en Lipa el capitan Rodrigo de Villandrando con una carta de Aldana para Juan Bautista en creencia del mismo capitan, el cual de su parte le dixo suplicaba á su señoría le diese licencia para venir allí á Lipa y antes que él viniese no se plantase el artillería ni se acometiese á Lipa, porque ninguno de los que con él venian le sabia guiar ni enderezar por dónde y cómo se habia de acometer como él, que habia poco que la reconociera cuando por allí paso. Juan Bautista respondió que él holgára de su venida, mas que el Fraile no queria; lo cual pareció al contrario. Luego que llegaron sobre Lipa, envió el Fraile á llamarlo; mas Aldana no quiso ir sin licencia de su General, y siguióse gran inconveniente por no haber quien enderezase bien la batería por falta de no haber persona que tuviese reconocida la tierra, que aunque habia allí húngaros que habian estado dentro, no son curiosos de

mirar estas cosas ni ménos en considerarlas. Estándose batiendo con mucha desventaja por la mala disposicion con que Juan Bautista colocó el ejército, se subió él arriba al monte que señorea á Lipa, donde nuestro campo estaba alojado, y entrándose en su tienda se sentó á comer, y como no quedase con los españoles persona á quien pudiesen tener respeto, como era necesario, antes de tiempo como otras muchas veces lo usan hacer los españoles, por lo poco que estaba batido arremetieron á dar el asalto, y las personas principales que delante se hallaron, que fué el capitán Francisco de Aldana, sobrino de Aldana, y D. Antonio de Encenillas, quisieron detener los soldados, más no fué posible; lo que visto que no habia remedio, pasaron la batería y saltaron en la trinchera que los turcos tenían hecha, donde los turcos los dejaban entrar por que luego quedaban allí encerrados y los mataban á mansalva; y así al capitán Aldana y al Encenillas y á otros soldados principales que tras ellos entraron les cortaron las cabezas luego despues de muertos á mosquetazos, y lo mismo hicieron á todo el campo si por aquella estrechura vinieran pocos á pocos, porque por allí no se podia venir de otra manera.

Tomóse al otro asalto Lipa, pero su gobernador se recogió con 1.500 turcos al castillo. Entonces Juan Bautista y el Fraile enviaron á llamar á Aldana para que le espugnase. Vino; pero encontróse con que sobre ser el castillo muy fuerte y bien defendido por naturaleza, y estar guarnecido con mucho arte, no habia apenas en nuestro campo cañones de batir ni municiones. A más de esto, Juan Bautista estorbaba á Aldana cada dia el plantar la artillería á su gusto y el dar el asalto, pretestando que el castillo se rendiria por hambre. Ocurrieron en este tiempo grandes altercados entre el Fraile y Juan Bautista sobre la expugnacion del castillo, pretendiendo aquél que venian el Bajá de Budá y el Beglerbeg con gran ejército á libertar á Lipa, y así antes que llegasen se apoderasen del castillo, otorgando á sus defensores buenas condiciones. Estos, rendidos por el hambre, se entregaron por más que Aldana tenia ya el castillo dispuesto para el asalto.

Otro dia siguiente que los turcos salieron del castillo, siendo ya alejados de nuestro campo algunas leguas, les salieron al encuentro buena cantidad de caballos húngaros y gente de á pié

de los nuestros con hasta 10 españoles á caballo, y acometieron los turcos para matarlos ó desbalijarlos, yendo por caudillo desta gente Melchior Balax, gran enemigo del Fraile, á quien le pesó mucho de esta accion por la venganza que por ello podian tomar los turcos, los cuales se defendieron muy bien, muriendo sólo de ellos siete ú ocho, y causando bastantes muertes en los nuestros, quedando herido el Balax.

Partidos los turcos, licencióse á toda la gente colecticia que habia quedado, quedando sólo al Fraile la guarda de su persona, y á Juan Bautista los alemanes y húngaros de sueldo del Rey y los españoles, excepto la compañía de D. Gaspar de Castelvi que quedaba en Temesbar y la de Aldana que quedaba con él en Lipa, porque no hubo capitán español que quisiese quedar en ella y tomar cargo de reparar lo que se habia batido en el castillo. Juan Bautista se dirigió con sus fuerzas á Transilvania, habiendo dado amplia provision á Aldana para que en aquellas partes fuese obedecido y una instruccion de lo que debia de hacer; y entre otras cosas le decia que si los turcos viniesen y él no los pudiese resistir, se retirase la vuelta de Transilvania. Habian quedado Lipa y su castillo rotos y deshechos por muchas partes por efecto del cerco, la ciudad vacía y des poblada de sus moradores, la mayor parte de sus casas por tierra ó arruinadas; el castillo sin muro ni bóveda que no estuviese taladrado. Todo esto mostraron Juan Bautista y el Fraile á Salazar para que lo hiciese presente al Rey, y que nadie queria quedarse allí, y ser por esto y por lo anterior imposible la reparacion y fortificacion de la plaza y del castillo, y que por ser Temesbar de más importancia y la llave de Transilvania allí se habia de atender á fortificar.

Juan Bautista antes de partirse llamó á Aldana y á Sforza y á Tomás Nadasdi á su cámara y les dixo que supiesen de cierto cómo en poniendo los piés en Transilvania serian todos hechos pedazos, porque él estaba certificado de las tramas que el Fraile traia para levantarse con aquel reino y darlo á quien él quisiere; por tanto que convenia matar al Fraile, para lo cual él tenia orden del Rey que le habia mandado con Salazar. Reunidos los antedichos á punto ya de marchar Juan Bautista, llamó éste á Aldana y le dixo: "Aldana, este negocio me

lo envia encomendado el Rey á vos más que á otro ninguno, como quiero que lo entendáis de boca de Salazar que trae comision del Rey para decíroslo. El dicho Salazar le dixo entonces que era la verdad, pues él habia sido el primero que le habia dado aviso de las cartas que el Fraile habia escrito al Beglerbeg. Aldana pidió que se reuniesen mayor número de consejeros y ministros de S. M. para el mejor acuerdo. Otro día siguiente se tornaron á reunir los sobredichos, y Juan Bautista y Sforza Palavicino fueron de opinion que muriese el Fraile, y Tomás Nadasdi y Aldana de la contraria, no sólo por no creer en la perfidia del Fraile, sino por no poner mano ni aún el Rey en la persona de un obispo y cardenal.

Prevaleció esta opinion, y Juan Bautista y el Fraile marcharon á Transilvania en el mismo trineo por efecto de la mucha nieve, haciéndose mutuas caricias.

El mismo día que Juan B. Gastaldo se partió, llegó en Lipa á la noche Alonso de Mercado, cazador mayor del Rey, con órdenes para que no soltasen á Ulimanbeg, gobernador que habia sido de Lipa, si no le habian soltado, y para tratar sobre el negocio del Fraile. Aldana le encaminó para que alcanzase á Juan Bautista, y éste, enterado de las cartas que traia del Rey, ordenó al capitan Andrés Lopez de Llanos que caminando con la gente en ordenanza, al tiempo que pasase el Fraile cabalgando, le hiciese tirar cuatro arcabuzazos. Este capitan le replicó que cosa como aquella requeria hacerse con más orden y mejor en la posada. Juan Bautista le encomendó á él y al Sforza el negocio, prometiéndole grandes mercedes. Llegados á un castillo del Fraile se aposentaron en él con la gente de su servicio. El Andrés Lopez por buen respeto y por buen modo sin dar escándalo al Fraile ni á sus criados, hizo entrar en el castillo veinte soldados españoles uno á uno y dos á dos. Ordenado así esto, dos horas antes del día envió Juan Bautista á un secretario suyo llamado Marco Antonio con algunas escrituras al Fraile, y tras él se fué el Sforza y el Andrés Lopez, y tras ellos cuatro soldados españoles, dexando los demás á punto para si algun rumor sucediese.

Llegado el Marco Antonio á la puerta de la cámara del Fraile, llamándole fué abierto, porque ya otras veces solia ir á aquellas horas á

firmar algunas patentes ó mandatos del mismo Fraile, el cual estaba ya levantado cuando llegó y rezando sus horas, el cual dándole las escrituras y comenzándolas el Fraile á leer, el Marco Antonio echó mano á una daga y le dió por los pechos con ella sin que le hiciese mucho mal. Lo que visto por el Fraile dió una voz llamando á sus criados y dió una puñada al Marco Antonio tan recia que más de dos pasos atrás le hizo arrimar en una pared. A la voz que el Fraile dió, entraron los cuatro españoles y le dieron tres arcabuzazos, y él cayendo de pechos sobre su cama, diciendo: «¡Jesús, María! ¡Jesús María! ¡Quare hoc mihi!» Llegó Sforza Palavicino al tiempo que con estas palabras espiraba, le dió una cuchillada por la cabeza, que casi la media le llevó de un revés; y así él como los españoles dicen se encarnizaron tanto en él que le cortaron algunas partes de su persona, así de las cubiertas como descubiertas, entre las cuales fué una oreja, la cual Mercado llevó para mostrarla al Rey en testimonio de cómo quedaba muerto.

Esto así hecho, el Joan Bautista se apoderó del castillo y de lo que el Fraile en él tenia y consigo llevaba y dexando en él buen recabdo se partió con la gente para Hazedel. El cuerpo del Fraile quedó allí depositado hasta que despues él lo mandó llevar á Alba-Julia, donde fué enterrado honradamente por algunos caballeros principales que seguian al Fraile. Fué muy público y fama muy divulgada así entre los españoles como tudescos y húngaros, que el Juan Bautista se aprovechó de más de 100.000 ducados de los del Fraile, porque cierto tenia gran tesoro y despues de muerto no se hallaron sino casi 10.000 ducados y la baxilla de plata que él tenia, la cual el Rey dió al mismo Juan Bautista, el cual sin aquesto cobró casi dos años las rentas del dicho reino.

Venido, pues, el día de la Epifanía, como Aldana tenia licencia para irse á Viena, siendo ya partido Losonz á Pusonia á hallarse á las Cortes de Hungria, Aldana se vino á Lipa para de allí partirse él tambien á Viena, habiendo dado orden á su alférez de lo que allí habia de hacer. Estando ya á punto para se partir, le vino nueva como Cazun Baxa habia venido hasta Besquerec con buen golpe de gente y robado una villa. Aldana por este respeto hubo de dexar su partido y fuese á meter en Temes-

bar. Una partida de los nuestros que fué á reconocer el enemigo vió que no eran tantos como decían, y acometiéndolos los pusieron en fuga. No habiendo por allí otra persona de carácter que Aldana á él acudían todos pidiendo socorro, y el Rey y Juan Bautista le escribieron rogándole que no se partiese, ofreciéndole aquel, si se quería quedar allí, el condado de Temesbar, como lo tenía Pedro Viehe con un colega húngaro. A esto contestó Aldana que si se había de quedar allí era menester le proveyese de algunas cosas que Benedito de la Rea (*sic*) de su parte le diría. Este cumplió su cometido, pero el Rey lo tornó á enviar solo con promesas y esperanzas, y 3.000 ducados para comenzar las fortificaciones de Temesbar y de Lipa.

En esto recibió Aldana aviso de un vecino de Zeguedin, población turca importante, que si le ayudaba y socorria á él y á unos amigos suyos se apoderarían de esta ciudad y matarían los turcos que dentro de ella vivían. Considerado el negocio y consultado con Juan Bautista, se acordó acometer la empresa, la cual dió por resultado la toma de la ciudad, refugiándose los principales de ella en el castillo. En tal caso, Aldana pidió refuerzos á Juan Bautista, teniendo en cuenta que no tardaría el Baxa de Budá en venir en socorro de los refugiados en el castillo. Apretábale entretanto Aldana el cerco, pero el refuerzo no llegaba, pudiendo venir de Transilvania en 6 ó 7 días á lo más, y los que tenían cargo de los guardas del campo y de los espías se dieron tan mala maña que sin ser sentido una mañana, que fué primero de Marzo de 1552, amaneció á vista de Zeguedin el baxá de Buda con 5.000 caballos y 800 jenizaros, toda gente muy escogida. Aldana hizo recoger la gente que pudo por hallarse desparramada por la ciudad, y formando delante de los turcos los acometieron con tanto ánimo que los desbarataron, y Aldana con los hombres de armas arremetió al escuadron del Baxá y le arrebató el estandarte principal. Sucedió á esta victoria un desórden tal en los nuestros por causa de la codicia del robo y saco, que el Baxá, hombre esperto, rehizo su escuadron. Aldana que lo conoció comenzó á correr de una parte á otra llamando á los capitanes para que juntasen sus soldados, pero estos hallábanse tan cebados en el robar que ni á sus capitanes ni al mismo Aldana quisieron obedecer. El Baxá embistió con

su escuadron y los nuestros se pusieron todos en huida unos por un lado y otros por otro; lo que visto por Aldana, doliéndose de que Juan Bautista no le hubiese enviado el socorro que oportunamente le pidió y deseando que no todo se perdiese, se comenzó á retirar lo mejor que pudo á Solnoc.

Como el ganar ó perder una batalla no esté en mano de un capitan despues de puesto en ella, sino en la de Dios, puesto que Aldana se hallase muy afligido de haber perdido aquella por tales ocasiones y principalmente por el descuido del General, que habiéndole hecho venir y meterse allí sobre su palabra que le había dado de le de socorrer, no lo hubiera hecho como convenia, con todo eso considerando lo que importaba despues de perdida una jornada proveer como el enemigo no pudiese ganar otra cosa alguna, pasó la Tiscia para ir á proveer aquellas fronteras por si el enemigo quisiese ir á dar en ellas, y llegó á Naglag, encontrando por todas partes gentes que huían á las montañas á la nueva de la derrota de Aldana. Este los tranquilizó, reunió gente y la repartió por las fortalezas y tierras de aquellos confines. Esto fué causa de que el Baxá no se moviese por entonces. Estando Aldana en Naglag para se ir á Temesbar, llegó Diego Velez de Mendoza con su compañía, al cual Juan Bautista enviaba no por vía de socorrer á Aldana sino porque le habían dicho ser muerto Aldana y todos los que con él habían ido, para que el dicho Diego Velez fuese á Lipa y la guardase. En esto llegó á Naglag Benedito de la Rea que traía á Aldana 3.000 ducados y una carta del Rey diciéndole que por algunos respetos importantes á su servicio había sido necesario hacer Conde de Temesbar y capitan general de aquellas partes inferiores á Estéfano Losonz, mas que esto no obstante le haría gran servicio en no se partir de aquellas partes y ayudar en lo que pudiese á Juan Bautista. Aldana le tornó á escribir suplicándole que si deseaba le sirviese en aquellas partes, le hiciese merced del cargo de Jula con los tres condados que estaban á su contorno.

Tampoco lo hizo el Rey, excusándose con que los húngaros le habían pedido en Córtes que no proveyese cargo alguno en forastero, mas que no faltarian otras cosas en que le poder gratificar. En tanto Aldana, tomando la compañía de Diego Velez se fué á Temesbar para con los di-

neros que le trajo La Rea dar principio á la fortificacion. Sucedió en esto la muerte de Francisco Patoche, caballero principal que tenia por empeño á Julia, y como tenia orden de Juan Bautista de que cuando esto ocurriese se apoderase de aquella tierra, lo hizo así con diligencia para oponerse al yerno de aquel Jorge Bebec, que se iba entrando en aquel territorio. En el camino trastornándose el coche en que iba, cayó Aldana y se rompió un brazo, el cual despues en Lipa, por mal curado, pensó perderlo. Cumplió Aldana su cometido y se quedó algun tiempo en aquella tierra para proveer lo más necesario. Estando allí, y habiendo rumor que los turcos se juntaban en Belgrado, Juan Bautista envió en Lipa un ingeniero italiano llamado Alexandre de Urbino, para que designase una fortificacion nueva opuesta al plan que para ello habia trazado Aldana, quien no se maravilló poco de ello; pero no se opuso de ninguna manera. Además, muchos soldados españoles no habiendo sido pagados en mucho tiempo amenazaban con marcharse, y aún algunos comenzaron á hacerlo. Con esto se entristecia Aldana al ver las faltas que cometian los ministros del Rey en ocasiones como aquellas, y procuró remediarlo lo mejor que pudo. Losonz tomó por entónces su cargo de Conde de Temesbar, y dictó algunas disposiciones tan poco á propósito, que yéndole Aldana á la mano, se indispusieron con este motivo.

Aldana, teniendo aviso que los turcos habian ya echado puentes en el Danubio para pasar, estaba para irse á Varadino á unos baños muy buenos que allí hay por causa de sus enfermedades que tenia viejas, sin lo del brazo y unas recias tercianas y dolor de hijada y de un ojo que muchas veces le trataba mal, sintiendo la tal nueva dexó la ida de los baños, viendo que Juan Bautista no enviaba recado alguno para resistir á tan grueso ejército, y más muerto que vivo se hizo llevar á Lipa, no se pensando escapára diez dias, y fuera mejor no haberse ido á meter allí, pues no tenia obligacion para ello ni ménos orden del Rey ni de su lugarteniente; mas dos cosas fueron las que le hicieron meterse en Lipa: la una las cartas del Rey por las cuales le encargaba no se partiese, y lo otro vista la poca diligencia que en cosa de tanta importancia usaba Juan Bautista para ayudar á Losonz.

Llegado á Lipa, considerado el poco recaudo que habia en su fortificacion y cuán tardías eran las provisiones de Transilvania, y cuán necesario era hacer todo el esfuerzo en Temesbar, escribió en este sentido á Juan Bautista diciéndole que, en el estado que las cosas tenian, convenia más dejar á Lipa si no la pensaba proveer suficientemente, que no que se perdiesen allí miseramente. Mostróse Juan Bautista indignado al leer el contenido de esta carta, injuriando á Aldana delante de muchas personas. Vista esta letra por Aldana, empeñando algunas prendas suyas y de sus amigos, buscó dinero y activó las obras. Lo que por este tiempo sufrió Aldana viéndose casi imposibilitado, los turcos aproximándose á Temesbar, sin dinero para proseguir las fortificaciones ni pagar los soldados, muchos de éstos huidos ó tibios en sus deberes, es difícil de contar.

Ahamat-baxá y el Beglerbeg y Cazun-baxá llegaron sobre Temesbar, á los 26 de Junio 1552, con todo su ejército, y Aldana, viéndose sin provisiones y falta de gente, y que Juan Bautista no proveía nada, escribió al Rey Maximiliano el estado en que se hallaba, y entre tanto no dejaba de escaramuzar con los soldados turcos que estaban más inmediatos á Lipa. Entre tanto, los de Temesbar se defendian valerosamente, pero al cabo de algun tiempo se vieron en gran aprieto y mandaron á Lipa un soldado español, llamado Antonio de Represa, vestido de rasciano, el cual contó á Aldana la calamidad en que se hallaban. Este le envió á Transilvania sin detenerlo, para que enterase de todo á Juan Bautista, el cual no envió socorros efectivos, no sabiendo Aldana qué pensar de quien así abandonaba el servicio de su soberano. Por fin, Temesbar se rindió á los turcos el 26 de Julio. Tan pronto como esta nueva se divulgó, los villanos, paisanos y aún los soldados alemanes comenzaron á hacer sus bagajes y querer huir de Lipa, á cuyo efecto exparcieron el rumor de que 10.000 turcos venian sobre ella. Aldana corria de unos en otros animándolos, pero en balde, y fué preciso que estableciese guardia de españoles á la puerta con orden de que matasen al que quisiere salir; pero se valieron del rio para escapar vadeándolo, quedando los españoles y aún el mismo Aldana confusos, á lo que contribuyó no poco el haberse derrumbado, no se supo cómo, un tor-

reón, el más fuerte del castillo. Considerado por Aldana todo esto y la desercion que por todas partes reinaba, se vió en la necesidad de abandonar á Lipa y caminar á Transilvania con los pocos soldados que le seguían. Poco despues la ocuparon los turcos, y otros castillos inmediatos, y la fortaleza de Solnoc.

Por esta salida de Lipa se vió Aldana en grandes trabajos y en peligro de la vida, porque como ántes que él llegase donde estaba Juan Bautista se hubiese sabido, luego éste lo notició al Rey, quien ordenó se tomase en prision á Aldana y lo tuviese á buen recaudo. Así se hizo y sus bienes fueron secuestrados, tomándole todas sus escrituras con hartos malos tratamientos, escribiendo el Juan Bautista cartas muy deshonestas y feas sobre Aldana, y hallándose en la córte del Rey un hermano del mismo Aldana, clérigo de la órden de Alcántara, habló sobre ello al Rey de Romanos, que era venido á Viena y le suplicó fuese servido oír á su hermano. El Rey cometió el negocio al mismo Juan Bautista y á Bater Andrea y al Conde de Erfrestain, coronel de alemanes, que estaban en Transilvania y al capitán Pedro Davila, pero él Bater no quiso entremeterse en el negocio, y el Conde de Erfrestain viendo á Juan Bautista apasionado vino en diferencia con él y no quiso entender más; y al capitán Pedro Davila trataba Juan Bautista de ganarle prometiéndole hacer maestro de campo de los españoles. Valióse Juan Bautista para formar el proceso de personas enemigas de Aldana, especialmente de capitanes á quienes éste habia afrentado por haber huido prematuramente de Lipa; y de tal manera le acumularon culpa que por ella merecia no solo la muerte sino otra pena mayor si la hubiese. Lo que sabido por el hermano de Aldana, instaba con el Rey de Romanos para que fuese traído á su córte y juzgado por los de su Consejo, recusando á Juan Bautista por parcial y enemigo de Aldana. Elevado el proceso al Rey y á los de su Consejo por Juan Bautista, fué éste reprendido por no constar en él las defensas ni descargos de Aldana. En este tiempo rico ya Juan Bautista con el tesoro del Fraile y haber cobrado casi dos años las rentas de Transilvania, deseaba ya salir de este país; pidió licencia al Rey para irse y no se la concedió; y entonces debiéndose trece ó catorce pagas á los españoles y otras tantas á

los alemanes, hubo modo cómo y unos otros se amotinaron y fuesen á Viena á demandarlas al Rey, y no quedando apenas en Transilvania fuerzas más que las débiles del país, se vino también él á Viena, con lo que no tuvo ocasion de hacer otro proceso á Aldana, pero no dejó de solicitar al alcaide de Xalu, donde él tenia preso á Aldana que lo atosigase; puede ser que no sea verdad pero el mismo alcaide lo publicaba, y aun el mismo Juan Bautista dixo al capitán Andrés Lopez le pesaba mucho no haber cortado la cabeza á Aldana ántes de partirse de Transilvania.

Salido él y la gente, el Rey hizo traer á Aldana á Viena y de nuevo le puso el fiscal de Hungría la acusacion. No se hallaba letrado que quisiese tomar la proteccion de Aldana por ser contra el fiscal del Rey, el cual siendo desto informado de su hermano de Aldana mandó al Dr. Eder tomase su proteccion, y así se hubo de responder á la acusacion, negando haber jamás hecho mercancías ni ménos que él hubiese hecho pleito-homenaje por Lipa ni por otro lugar ni castillo para guardarlo ni defenderlo, ni ménos que S. M. se lo habia dado ni encargado y que su oficio era de maestro de campo y no de alcaide, y que en Lipa él se habia metido por su voluntad por hacer servicio á S. M. y no por que tuviese obligacion á ello, por lo que no le podia comprender el estatuto de Hungría, y que si por cartas se habia comprometido á defender á Lipa fué con la condicion de conservar la gente que entonces tenía en ella y que esta se le fué, y que además reclamó muchas veces socorro que se lo prometieron y nunca llegó. No quisiera el Rey que Aldana se pusiera á probar estas cosas, sino que se remitiera á su clemencia y demandara su misericordia, y sobre esto no faltaron algunas personas que se lo aconsejaron; sobre lo cual Aldana hizo presentar una suplicacion y que su hermano le hablase, el cual le dixo que el ánimo de su hermano era satisfacer y sanear la mente de S. M., haberle servido con toda aficion y fidelidad, y que por todo esto convenia le absolviese S. M. de las cosas ignominiosas que le ponian, que en lo demás no queria litigar con el Príncipe, sino salvar su honor. No se contentó el Rey de esta suplicacion, porque quisiera que simplemente Aldana se remitiera, y así dieron los Jueces para aquello diputados por el Rey sentencia interlocuto-

ría en que le admitían á la prueba. No hubo ningún artículo del interrogatorio que no se probase en favor de Aldana con diez testigos por lo ménos sin las cartas de los Reyes y de Juan Bautista que se presentaron, aunque nunca quisieron estos jueces anular el proceso hecho en Transilvania por Juan Bautista, ni ménos quisieron dar copia de las cartas que el dicho Aldana habia escrito á los Reyes. Concluido el proceso, Aldana fué sentenciado á perdimiento de sus bienes y que le fuese cortada la cabeza como los Estatutos de Hungría ordenan.

Dada esta sentencia, la Reina de Hungría tomó la mano en interceder por él y así fué suspendida la sentencia hasta determinar en la primera Dieta lo que dél se debía hacer; y entre tanto le mandó el Rey llevar en un castillo de Hungría llamado Trincgin y que hasta entonces estuviese allí á buen recaudo aunque sin hierros.

Sabido por la Mag. Cesárea del Rey de España la sentencia y lo que la Reina de Bohemia su hermana habia negociado, escribió en su favor á la Mag. del Rey de Romanos pidiéndoselo y para que le ayudasen y fuesen intercesores á los señores Reyes de Bohemia, pero como estaba remitido á la primera dieta de Hungría no lo podia hacer, hasta que el año de 1556 en el mes de Enero que la dicha dieta se hizo, habiendo tornado á escribir el Rey de España á los dichos Reyes y á los grandes del reino de Hungría con Luis Venegas de Figueroa, su aposentador mayor, mediante la diligencia y solicitud de éste, los señores de la dieta suplicaron al Rey concediese esto, y el Rey en voz alta dixo estas palabras:

«En cuanto á lo que me habeis demandado acerca de Aldana, ya os acordareis cómo estando yo en Pasao, mi hijo el Rey de Bohemia lo hizo prender y despues de tornado en Viena le hice oír á justicia, y hecho el proceso y concluso se diputaron de todos mis Estados personas que lo viesen y sentenciasen, y á la fin fué condenado á muerte y en perdimiento de bienes; y deseando yo que la justicia hubiera su lugar y se ejecutara, la Reina de Bohemia, mi muy cara y amada sobrina y hija me lo pidió y algunos de los que aquí estais ansí mesmo en su nombre y á su instancia y á la vuestra, y con verdadero consejo se determinó el negocio se remitiese á esta Dieta. Tambien despues el se-

renísimo Rey de Inglaterra y España, mi muy caro sobrino y hermano me escribió sobre ello, y estando en Augusta este año pasado, pasando el Duque de Alba á Italia, de su parte me lo tornó á pedir, al cual yo respondí no poderlo hacer sin vuestro acuerdo y consentimiento por lo haber así determinado y prometido. Agora viniendo Luis Venegas, su aposentador mayor, me tornó á escribir y á vosotros tambien, y juntamente el dicho Luis Venegas y D. Pero Laso de Castilla, á quien escribió os diese la letra, os han hablado y solicitado, por lo cual habeis sido contentos que le sea hecho presente del dicho Aldana. Yo atento á lo mucho y bien y fielmente que el dicho Aldana me ha servido, aventurando y poniendo su persona en muchos peligros por mi servicio, derramando su sangre y de sus deudos y amigos, y atento á que há tres años y medio que está en prision harto estrecha y con malos tratamientos, que para un hombre tan bien nacido y de buena sangre y noble, como es él, seria equivalente de cualquier muerte que por lo que se le opuso se le pudiera dar, y por contemplacion de la serenísima Reina mi hija y vuestra, soy contento darlo al serenísimo Rey de España, mi muy caro sobrino y hermano; y así declaro y mando que se haga.

Estas fueron las palabras formales y sustanciales que S. M. clementísima dixo, porque las oí estando bien cerca dél. Luego despues de comer, su hermano de Aldana les fué á besar las manos por la merced y gracia que les habia hecho, y el Rey mandó luego dar el mandato para que le soltasen, y deste modo el dicho Aldana vino en Viena, y aunque quisiera irle á besar las manos y se lo suplicó, le envió á decir por su secretario Alonso de Gamez que por algunos respetos no habia por entonces lugar, y dándole una carta de mucha recomendacion para el Rey nuestro señor, le dixo por el dicho Secretario fuese con la paz de Dios; y deste modo no yendo á besarle las manos á él, no fué á besarlas á los Reyes de Bohemia; y así se partió por la posta á Flandes libre, aunque de 8.000 ducados que el Rey le debia de su salario y de los dineros con que él socorrió á los soldados así de Lipa como de Temesbar, hasta aquel dia que le sentenciaron, no hubo cosa alguna, sin casi otros 7.000 que en tres años y medio se expendieron en el seguimiento de la causa.

Llegado en Flandes, S. M. el Rey de España nuestro señor, le recibió graciosísimamente y lo mismo la Majestad Cesárea del Emperador, nuestro señor, y de todos los de sus cortes fué bien visto y recibido, y S. M. le proveyó del oficio de capitán general de la artillería del Piemonte y Lombardia, que estaba vaco por muerte de Don Ramon de Cardona, y le envió á servir el dicho cargo y con otros despachos para el Duque de Alba, del cual fué bien recibido por la mucha afición que siempre S. E. le mostró.

ANTONIO RODRIGUEZ VILLA.

LEON XIII Y LA ITALIA.

(Continuación.) *

LA IGLESIA CATÓLICA Y LA CIVILIZACION.

Y aquí, amadísimos, ¡cuántas cosas nos quedarían que decir sobre la mala costumbre, que va introduciéndose por todas partes y aun entre nosotros, de profanar estos días, que son, es verdad, del Señor; pero que, como se ha observado, con igual verdad podrian llamarse asimismo los días del hombre! ¡Qué affligido se siente uno, cuando con lamentable escándalo se vé en los domingos, en la festividad principal, abiertas las tiendas, prontos á sus habituales oficios los artistas, no cerradas las fábricas, no abandonado el comercio, para volverse á pensar, en vez de todo esto, en un asunto demasiado más importante, como es el alma, y aplicarse al estudio de aquellas verdades que deben conducirnos por el camino derecho en el tiempo, y asegurar nuestra suerte para la eternidad! No, amadísimos; este trabajo, que se ejecuta con detrimento de la gloria de Dios y de los más sagrados deberes, no será el que venga á aumentar la riqueza pública y privada. Todo al contrario: pues es muy cierto lo que escribia un famoso incrédulo del pasado siglo: El pueblo no sólo tiene necesidad de tiempo para ganarse el pan, sino que tambien lo necesita para comerlo con satisfaccion, sin lo cual, no lo ganará durante largo espacio (1). Un día de fiesta

devuelve las fuerzas perdidas al hombre, que despues de él, vuelve á tomar más á deseo su trabajo (1).

X

Por lo poco que acabamos de tocar de pasada, respecto á lo muchísimo que nos vemos obligados á pasar en silencio, comprendereis, amadísimos, que esta guerra, intimada á la Santa Iglesia por los sectarios é incrédulos, en nombre de la civilizacion, considerada como el cumplimiento de las condiciones por las cuales se perfecciona el hombre del lado físico y material, es injusta, no tiene ninguna razon de ser; antes bien, aparece claro, que no hay civilizacion, cuando los pueblos, sustraídos á la disciplina maternal de la Iglesia, se dejan trastornar por las pasiones, las cuales son siempre causa de que se gaste y corrompa aun aquello que en sí seria bueno y saludable. Pero para aclarar mejor el asunto en cuestion, que, por las ideas predominantes y los prejuicios recibidos, tiene, como habiamos dicho ya, una capital importancia, nos place penetrar algo más adentro, y confirmar mejor en vuestros ánimos la conviccion de que la civilizacion, no sólo nada tiene que temer de la Iglesia, sino que debe esperarlo casi todo de ella y de su concurso. Seria locura negar un hecho que hierne nuestros ojos, á saber, que la ciencia, á fuerza de largos estudios, de sagaces experimentos, se ha hecho dueña de muchas fuerzas naturales, que, ó no eran conocidas del hombre, ó escapaban á su dominio; y que, aplicando éstas con artificio, con máquinas ingeniosísimas, se ha logrado hacer más expedita la produccion, menos costo-

(1) Mons. Desprez, Arzobispo de Tolosa, decia sabiamente dias pasados en un Congreso católico de aquella ciudad:—*La Iglesia quiere constantemente el bienestar del obrero; al través de los siglos ha emancipado al trabajador y dignificado su trabajo. En la Edad Media creó corporaciones obreras, para impedir que el proletario fuese víctima de la explotación. Evitó que cayesen en brazos del despotismo, que reina siempre allí donde Dios no reina. La clase obrera es, pues, la hija de la Iglesia, ella tan sólo le enseña todas las virtudes que la hacen una clase igual á las demás. La influencia de la religion ha hecho llegar los pueblos del otro hemisferio á una asombrosa madurez. Lo que la Iglesia ha hecho por ellos, puede hacerlo por nosotros* (Univers. 30 de Enero de 1877).

(*) Véanse los números 233, 234, 235, 236, 238, 239 y 243, págs. 161, 205, 228, 274, 330, 357 y 495.

(1) Rousseau.

—sos los objetos producidos, y por consecuencia, más fácil la satisfacción de las necesidades y menos onerosa la vida del que tiene poco que gastar. Nada mejor que semejantes descubrimientos; pero los incrédulos quieren servirse de estas pacíficas y landables conquistas de la ciencia sobre la naturaleza, como de armas con que herir á la Iglesia, como si á despecho de ella y contra sus deseos se hubiesen alcanzado. Pretextóse para la criminal calumnia, que la Iglesia se dirige en todo momento á la santificación del alma, é insinúa en el corazón el místico aborrecimiento de las cosas de este mundo; de aquí la consecuencia de que, si se había obtenido ó ha de obtenerse algún bien de aquellos progresos, se debe á la rebelión de lo que se conviene en llamar el *espíritu moderno* contra las influencias de la Iglesia. Sería imposible imaginar acusación más nécia y más insostenible. Sin duda la Iglesia no ha dejado ni puede dejar de repetir altamente y á todos las sentencias de su celeste esposo: "Que el alma y su salud eterna son el más importante objeto que tenemos entre manos;" "que de nada nos serviría la conquista de un mundo, si viniésemos á perder el alma (1);" "que las cosas con gran diligencia preparadas, una sola noche nos las arrebatará." Y es grande, inestimable ventura, que en medio de los hombres resuenen tales enseñanzas; pero no hay que decir por esto que la Iglesia es enemiga del estudio de la naturaleza, de la investigación de las fuerzas naturales y de su aplicación á la producción de lo que sirve á los usos de la vida. Antes, si no se procede á la ligera, se reconoce que no puede ser enemiga de aquellos estudios y de aquellas invenciones, siendo llevada por la índole misma de las cosas á favorecerlos. Atended, en efecto, y juzgad vosotros mismos. ¿Puede haber jamás cosa alguna con más ardor deseada por la Iglesia, que la gloria de Dios y el mejor conocimiento del Artífice soberano, que se adquiere en el estudio de sus obras? Ahora, si el Universo es un libro en cuyas páginas todas están escritos el nombre y la sabiduría de Dios, es indudable que el que haya leído más y más claramente en este libro saldrá más enamorado de Dios, más prendado de él. Si basta tener dos ojos para conocer que los cielos estrellados,

(1) Martth., XVI, 26.

narran la gloria de su Creador, si basta tener oídos para escuchar la voz de alabanza que un día trasmite á otro, y cómo la noche cuenta á la noche los secretos de la ciencia divina (1)? ¿Cuánto mejor no hará resaltar el poder, el saber de la Divinidad, el que, arrojando una mirada escrutadora á los cielos y á lo profundo de la tierra, á los astros luminosos y al átomo, á la planta y al vástago, pone en vuestras manos la prueba de que todo ha sido ordenado con medida por la mente soberana (2).

¿Y querriais que la Iglesia tratase hostilmente por sistema ó mirase sólo con fría indiferencia estudios é investigaciones que dan tan preciosos frutos, y se obstinase en tener cerrado el libro para que nadie más leyese en él? Sería preciso no conocer qué llamas de celo arden en el seno de esta Esposa de Jesús, para prestar fe á semejantes extravagancias.

XI

Pero en la Iglesia, al lado del celo por la gloria de Dios, se enciende otro amor no menos sano, y es el amor por el hombre, el anhelo vivísimo de que sea revindicado en todos los derechos que le confirió su Creador.—Ahora, el hombre recibió de Dios, para todo el tiempo de su existencia, esta tierra en la cual vive y de la cual fué hecho Señor. Las palabras que resonaron en la mañana de la creación: *supeditad la tierra y dominad*, jamás fueron revocadas. Permanciendo en el estado de inocencia y de gracia, habría el hombre ejercitado su dominio sin esfuerzo, la sujeción de las criaturas hubiera sido espontánea; mientras que ahora el dominio es trabajoso, y las criaturas no tascañ el freno de aquel dominio, sino obligadas; pero en la esencia el dominio permanece; y á la Iglesia, que es madre, nada puede serle tan caro como el que se realice, manifestándose el hombre tal y como verdaderamente es: Señor de la creación.

Y tal derecho se realiza cuando este rey de la creación, rompiendo el velo que cubre sus facultades, no sólo se atreve á trabajar sobre lo que toca con sus manos, ó ve con sus ojos, sino que penetra en las entrañas mismas de la natu-

(1) Sap. XI, 21.

(2) Ps. XVIII,

raleza; recoge los tesoros de fecundidad y fuerza que yacen en su seno, y los convierte en uso y derecho propio y del prójimo. ¡Cuán bello y majestuoso aparece el hombre, cuando atrae el rayo y lo hace caer impotente á sus plantas, llama la chispa eléctrica y la envía como nuncio de sus deseos á través de los abismos del Océano, ó más allá de las escarpadas montañas, ó á lo largo de las interminables llanuras! ¡Cuán glorioso se muestra cuando ordena al vapor que ponga alas á sus espaldas y lo conduzca, con la celeridad del relámpago, por mar y tierra! ¡Cuán potente, cuando con su ingenio desarrolla aquella fuerza misma, la aprisiona y la conduce por senderos preparados á dar movimiento y casi inteligencia á la materia bruta, que viene á sustituir al hombre y á excusarle las más duras fatigas! Y decid, amadísimos, ¿no hay en él como una chispa de su Creador, cuando evoca la luz y le hace aclarar las tinieblas de la noche en las calles de nuestra ciudad, y adornar las vastas salas y palacios con sus resplandores?

Pues la Iglesia, afectuosísima Madre que conoce todo esto, tan léjos está de querer suscitar obstáculos á ello, que, antes bien, á su vista se llena de alegría y de júbilo.

XII

Y de otra parte, ¿qué razon podría haber nunca para que la Iglesia se mostrase celosa de los progresos maravillosos que en nuestro tiempo se han realizado en estos estudios y descubrimientos? ¿Hay en ellos algo que, de léjos siquiera, pueda dañar á las cosas tocantes á Dios y á la fe, de que ella es defensora é infalible Maestra? Bacon de Verulam, ilustre cultivador de las ciencias físicas, escribe: que la ciencia, bebida á sorbos, aleja de Dios; pero gustada abundantemente, vuelve, por el contrario, á conducir á Dios. Esta sentencia de oro aparece siempre igualmente verdadera; y, si la Iglesia se espanta de las ruinas que pueden venir por obra de los vanidosos que piensan saberlo todo, porque de todo llegaron á tener una tintura, tiene confianza perfecta en los que consagran su ingenio á estudiar seria y profundamente la naturaleza, porque sabe que en el fondo de las investigaciones encontrarán á Dios, el cual se deja ver en sus obras con los irrecusables atributos de su poder, de su sabiduría y de

su bondad. Si algun hombre de gran saber, estudiando en la naturaleza, se alejó de Dios, señal de que el corazón del desventurado estaba ya herido por el veneno de la incredulidad, introducido en él por el conducto de culpables pasiones; no fué ateo, porque cultivase la ciencia, sino á despecho de la ciencia, que á otros y hártó más nobles fines está destinada. En efecto, la multitud de los que en las ciencias naturales alcanzaron fama grandísima y durable, hizo de los estudios emprendidos, de las invenciones ingeniosas, escala para elevarse á Dios y glorificarlo. Copérnico, el grande astrónomo, era profundamente religioso. Keplero, otro padre de la moderna astronomía, tributaba gracias á Dios por la alegría que le había dado á gustar en el éxtasis en que le arrobaba la contemplacion de sus manos (1). Galileo Galilei, de quien la filosofía experimental ha recibido valiosísimo impulso, llegó estudiando á este resultado: que la Sagrada Escritura y la naturaleza proceden á la par de Dios, aquella como dictada por el Espíritu Santo, ésta como fidelísima ejecutora de sus leyes (2). Linneo se inflama de tal modo en el estudio de la naturaleza, que la palabra sale de su boca tomando la forma de un Salmo. «Dios sempiterno, exclama, inmenso, omniscio, omnipotente, se me ha revelado en cierto modo en las obras de la Creación, y he quedado sobrecogido de estupor (*obstupui*). En todas las hechuras de su mano, áun las mínimas y casi nulas, ¡cuánto poder, cuánta sabiduría y cuánta inenarrable perfeccion!» La utilidad que de ellas resulta para nosotros, atestigua la bondad del que las ha hecho; su belleza y su armonía demuestran su sabiduría; su conservacion y su inagotable fecundidad proclaman su poder (3). Aquel Fontenelle, en quien parecia encarnarse la *Enciclopedia* de su tiempo, en medio de la Francia del siglo XVIII, ya envenenada por el soplo de la incredulidad, no reparaba en decir: «La importancia del estudio de la física no consiste tanto en satisfacer nuestra curiosidad, cuanto en elevarnos á una idea ménos incongruente del Autor del universo, y en atraer á nuestro espíritu los sentimientos de admiracion y de veneracion que se le deben. Alejandro Vol-

(1) *Myster. Cosmogr.*

(2) Galilei, *Opere*, t. 29.

(3) *Syst. Natur.*

ta, el inmortal inventor de la *Pila*, era sinceramente católico, y se gloriaba de serlo en tiempos no propicios á la fé, no haciendo befa del Evangelio. Feraday, el ilustre y celebrado químico, tenía en la ciencia, de que era cultivador apasionado, un vehículo para llegar á Dios, y le eran insoportables los incrédulos. Podrían citarse á la ligera otros, ya muertos, ya vivos, no diferentes en sentimientos religiosos; pero sería empresa innecesaria y que nos llevaría demasiado léjos (1). Hé aquí lo que hace en los ánimos rectos la verdadera y sólida ciencia, de donde despues nacen tan utilísimas aplicaciones á las artes y á la industria; y hé aquí por qué nadie que reflexione se dejará llevar de las acusaciones lanzadas al aire, ni se hallará dispuesto á creer que la Iglesia mire con recelo el estudio de la naturaleza ó desprecie y ataque las felices consecuencias que de tal estudio derivan para el bienestar público, que es parte, no ciertamente principal en sí, de la civilización, pero de que ha de hacerse, sin embargo, el debido aprecio. No, amadísimos; vosotros lo veis, no había lugar á emprender una lucha contra la Iglesia en beneficio de la causa de la civilización que, antes bien, fuera feliz y se hallaría en continuo progreso, si no se procurase desprenderla de las manos de la buena y solícita Madre, para hacerla pasar á las de aquellos que la pervierten, y que hacen de ella tan abominable uso, que mueven á compasión todo corazón honrado.

XIII

Pero, tomando hasta aquí la defensa de la Iglesia contra injustísimas acusaciones, no hemos llegado al fondo del asunto, restándonos hablar aún de un mérito que resplandece sobre todo otro, y que la maldad misma no podría poner en duda. No basta, en efecto, amadísimos, que se promueva, se ennoblezca y se santifique el trabajo, que se ensanche el imperio del hombre sobre las fuerzas de la naturaleza, y que se las obligue á servirlo; conviene además no perder de vista, que hay una gran parte de nuestros hermanos, que ó por naturaleza ó por desgracia es impotente para llevar adelante la

vida con el trabajo, de cualquier clase que sea; ahora, ¡qué insoportable espectáculo no se ofrecería siempre, si todos ellos debieran quedarse sin participar de aquel movimiento que se llama civilización, en cuanto se mira ésta como el cumplimiento de las condiciones por las cuales se perfecciona el hombre, bajo el punto de vista físico, en el consorcio con los demás? Por más bellos esfuerzos de fantasía que hiciésemos para soñar un mundo, del cual nos viésemos precisados á desterrar la miseria de la vida, de modo que ésta nos sonriese como un perpétuo festín; pronto vendría la realidad á traernos el amargo desengaño, y en medio de los convidados, de las alegrías, surgiría, como un espectro, difundiendo la siniestra luz, la desventura; la enfermedad que quebranta las fuerzas, las imperfecciones físicas, la incapacidad de aprender, las guerras, los contratiempos del comercio, las variadas y numerosas fuentes de desgracia. ¡Y cuán grande es el número de las víctimas que hacen! ¡Cuántas personas arrojadas en medio de las piedras, qué multitud de huérfanos, cuántos maltratados que claman ayuda á grandes voces!—Respecto de todos éstos el Paganismo había tomado su partido con gran desenvoltura; á los pocos libres, alborotados é inquietos, les daba pan y juegos feroces; los niños, que eran inútiles para las necesidades y deseos de la familia, ó no prometían brazos robustos al Estado, eran ahogados ó muertos de cualquier modo; los viejos, los enfermizos, los imposibilitados, arrojados en cualquier isla ó en cualquier hondonada para que pereciesen estenuados. Sería bueno que los modernos admiradores de la civilización pagana recordaren para sí y á los demás estos hechos. Por esta parte, el Cristianismo y la Iglesia católica, en la cual solamente se ha conservado aquél en toda su pureza, no sólo dieron impulso á la civilización, sino que le hicieron volar tan alto, que *no la seguirá lengua ni pluma*. Los preceptos de caridad dados por nuestro dulcísimo Redentor fueron escuchados con santo transporte, y sus santos ejemplos imitados con incomparable fidelidad. Ya en los primeros comienzos no sólo fueron exhortados los ricos con más calor á dar lo supérfluo, sino que aún aquellos que se sostenían con el trabajo de sus manos fueron exhortados á afanarse con todas sus fuerzas por tener con qué socorrer á los enfermos, y obtener las bendiciones reservadas á las que

(1) V. Eugenio Albérl. *Il prob. del dest. um.*, *append. al lib. I.*

gustan más dar de lo suyo con largueza, que recibir lo ajeno (1).

Sería larga é inútil empresa hacer de nuevo una historia hecha mil veces, para demostrar cuánto trabajó la Iglesia en los primeros siglos por mitigar la suerte de todos los infelices; de otra parte, esta historia está escrita en nuestros días, y no hay quien no la conozca (2). Un ilustre apologista moderno no dudó en afirmar que el que se propusiese escribir la historia de la Caridad, vendría, casi sin advertirlo, á escribir la historia de la Iglesia (3). Y no le bastó preparar asilos, hospitales, refugios, sino que hizo incomparablemente más: hizo penetrar en el alma de sus hijos la divina virtud del sacrificio, á cuyo nobilísimo fin tienden sus exhortaciones, el bellissimo culto, y sobre todo la Misa que nos invita á oír, la Mesa eucarística de que participamos. Aunque se hubiese tratado de dejar caer de la mesa de los Epulones las migajas para acallar el hambre de algun Lázaro cubierto de legas (con gran trabajo á la verdad), se hubiese podido llegar á tal largueza, ó por natural bondad del alma, ó por liberalidad acostumbrada, ó por leyes civiles; pero nadie hubiera podido conseguir nunca lo que se vé realizado bajo la disciplina de la Santa Iglesia Católica, á saber: el sacrificio de sí mismo, de la libertad, del placer, de las riquezas, de la salud, frecuentemente de la vida, á las necesidades, al alivio de todos los desventurados. Esto inspira el Cristianismo, esto sólo se asegura en la Iglesia. No hay rincón de la tierra, ni pequeña comarca, donde no se vean personas que renuncian á su conveniencia, á las comodidades, á cuanto lisonjea, para consagrarse alegremente al penosísimo ministerio de velar al lado de los enfermos, de recoger á los huérfanos ó rechazados, de visitar en sus chozas á los pobres, y hasta en los tenebrosos calabozos á los malvados que la sociedad se vió precisada á alejar de su seno. Aun en estos días en que nos toca vivir, cuando la fe se ha debilitado tanto en los corazones, cuando las verdades cristianas se oscurecen á los ojos de muchos por continuas y rudas contradicciones, cuando parece que no hay ya más que ha-

cer digno é importante que enriquecerse y gastar, en delicias sibaríticas, los tesoros de cualquier manera adquiridos, cuando, en una palabra, todo conspira á engendrar el desamor al sacrificio, vosotros, amadísimos, no teneis más que volver la vista en torno vuestro, para convenceros de que se hacen con ardor obras de caridad, de que la gracia no mengua, de que el soplo animador de Dios recorre de un extremo al otro de la Iglesia para suscitar el poder del sacrificio y una actividad prodigiosa al servicio de todos aquellos que de cualquier modo son trabajados por la desventura.

XIV

¡Ah! amadísimos, cuando despues de haber observado con complacencia indecible esta espléndida prueba de la divinidad de la Iglesia y de su benéfico influjo, oímos hablar de luchas emprendidas contra Ella en nombre de la civilización, lo confesamos, no nos es dado sustraernos á una profunda tristeza, ni logramos alejar de nosotros los siniestros presentimientos de los castigos que debe atraer sobre nosotros este impío y loco desconocimiento de los beneficios recibidos!

¡Luchar contra la Iglesia, amadísimos! Más ¿por qué y con qué fin esta lucha? ¿Para llevar á los hombres á consumirse sin sombra de alivio en el trabajo, tomado como fin supremo, empleado como medio de elevarse sobre las cabezas humilladas de los hermanos y sobre sus cuerpos pisoteados? ¡Luchar contra la Iglesia! Más ¿por qué aún y con qué fin esta lucha? ¿Para confiar los pueblos á manos de un sentimentalismo incierto y esencialmente débil, arrancándolos del seno de la religion, que inspira y aviva los prodigios de la caridad divina? ¡Luchar contra la Iglesia! Más ¿por qué y con qué fin esta lucha? ¿Para borrar la gloriosa historia de la civilización cristiana, y restaurar una civilización que no tuvo resplandores y fulgores, sino para que á su luz pudieran descubrirse mejor las amplias heridas que producía en el seno del hombre?

XV

Mas la Iglesia católica declaró por boca de su cabeza, que con la civilización de nuestro tiempo no

(1) Act. Apost., XX, 35.

(2) (V. F. de Champagny.—*La Char. Chret. dans les prem. Siècl. d'Église.*)

(3) F. Hettinger.—*Apol. del Crist.*, vol. 2, lib. 22.

puede haber paz (1). He aquí la voz que parte contra nosotros del campo enemigo, y la razón con que se justifica la lucha iniciada. Pero, ¿cuáles es, amadísimos, esa civilización moderna que condena la Iglesia, y con la que la augusta Cabeza de la misma, el infalible Maestro de los creyentes, dijo y repitió, que no puede haber nada de común? No es, seguramente, la civilización por la cual se perfecciona el hombre en el triple respecto que habíamos indicado; no, no es esa sino una civilización que quiere suplantar al cristianismo, y quitarnos todo el bien con que merced á él fuimos enriquecidos. Si los que manosean el *Syllabus* para presentarlo como un fantasma á la faz del mundo, hubiesen reparado que no basta ser hábiles, sino que conviene también, y más, ser honrados, no se hubiesen contentado con ofrecer al odio de los demás una proposición separada de un discurso, sino que se hubiesen cuidado de comprender su verdadero sentido por el conjunto de los documentos donde se encuentra, y que se hallaban oportunamente indicados. Procediendo de este modo, se hubieran convencido fácilmente de que la civilización verdadera que brota, como la flor y el fruto, de la raíz del cristianismo, no es reprobada por el Pontífice, sino la espúrea que no tiene de civilización más que el nombre, y que es la desconfiada e implacable enemiga de la verdadera.

XVI

No son menos calumniosos los pretextos que se quisieran tomar de la aversión de la Iglesia á las artes, á las ciencias, al estudio de la naturaleza y de sus fuerzas. Si no bastasen á desengañar los ánimos y á sacarles de toda duda las razones que hemos aducido, y el hecho de que las inteligencias más penetrantes y los más valiosos cultivadores de las ciencias, fueron además modelos de cristianos y fidelísimos hijos de la Iglesia, vendrían solemnes á confundir á los impostores las recientes declaraciones de la Iglesia.—Los Padres del Concilio Vaticano han dicho sobre esto palabras que harían muy bien

(1) Syll., Prop. LXXX.—*Romanus Pontifex non potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum centi civilitate se reconciliare et componere.*

en leer y meditar los adversarios; después de haber enseñado que entre la razón y la fe no puede haber discordancia, y cómo la una viene útilmente en ayuda de la otra, exclaman: *¡Por lo cual, tan lejos está la Iglesia de oponerse al cultivo de las artes y ciencias humanas, que al contrario ayuda á él y lo promueve. Pues no ignora ni desprecia las ventajas que del mismo resultan para la vida; al contrario, confiesa que, así como vienen de Dios, Señor de las ciencias, así siempre que se tratan debidamente, pueden, ayudándonos la divina gracia, conducirnos de nuevo á Dios (1).* Las acusaciones, por tanto, no se sostienen, no tienen ningún valor, y son antes bien la expresión del odio contra la Iglesia y del deseo de cubrirla de lodo.—Pero, si la ciencia por sí no es maldecida por la Iglesia, sino al contrario promovida, hay una reprobada con perfecto derecho. Y es la ciencia que trae sus orígenes de la filosofía que dice con satánico orgullo: *La razón humana, sin atender para nada á Dios, es el único juez de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal; es ley de sí misma, y con sus fuerzas naturales se basta para procurar el bien de los pueblos (2).* Es la ciencia que se sumerge en la materia para asignarle la eternidad, que se eleva al cielo y desciende á las entrañas de la tierra para buscar inútilmente un fundamento con que combatir la cosmogonía bíblica; es la ciencia que pone al hombre al igual del bruto, y delirán socava los cimientos del orden moral, doméstico y civil. Ahora, el que sepa algo más que lamentarse debe alzar las manos, dando gracias á Dios por haber puesto sobre la tierra este magisterio infalible, que así como nos procura toda bendición del tiempo y del porvenir, de igual modo nos la conserva, salvándola de las manos de los impíos que nos quisieran privar de ella.

(1) Concil. Vatic., cap. IV. *De Fide et Rat.*—*Quapropter tantum abest, ut Ecclesia humanarum artium et disciplinarum culturae obsistat, ut hanc multis modis juvet atque promoveat. Non enim commoda ab iis ad hominum vitam dimanantia aut ignorat aut despicit; fateatur imo, eas, quemadmodum a Deo scientiarum Domino profectae sunt, ita si rite pertractentur, ad Deum juvante eius gratia, perducere.*

(2) Syll., Prop. III.—*Humana ratio nullo prorsus Dei respectu habito, unicus est veri et falsi, boni et mali arbiter, sibi ipsi est lex, et naturalibus suis viribus ad hominum ac populorum bonum curantem sufficit.*

XVII

Ah! Que no haya entre vosotros, amadísimos, ninguno que se deje seducir por los que vengan á halagarle con palabras lisonjeras para hacer prosélitos que encaminar á la ruina. Si, como cuadra á espíritus altos y generosos, amais los honestos progresos y el desenvolvimiento de la civilización, tened por seguro que de ningún modo podreis progresar más seguramente, ni contribuir mejor al desenvolvimiento de la civilización, que manteniéndoos unidos en pensamiento y corazón á las prácticas de la Iglesia Católica.—Habeis tocado con la mano en parte esta verdad, y fácil nos sería arrojar la misma luz en lo que se refiere al mejoramiento del hombre, en cuanto ser moral y político, si en vez de escribiros una Carta Pastoral, nos propusiésemos componer un largo tratado, y si no estuviese en nuestro ánimo, supuesto que la vida nos alcance, volver otra vez sobre esta materia.—Por lo demás, ahí están los hechos para mostrar á todos dónde nos ha conducido esta lucha malhadada emprendida contra la Iglesia en nombre de la civilización.—Desde el más humilde artesano hasta los que por su fortuna ó nacimiento se hallan en la cima, nadie hay que pueda afirmar haber recogido de los primeros ensayos de esta lucha otra cosa que amarguras y desengaños; si se penetra con la mirada más adelante, tratando de adivinar lo que nos consumen las impías tentativas, el que tenga criterio y corazón, sentirá correr por su cuerpo los calofrios del espanto. De una parte, multitudes á las que se ha quitado toda esperanza del porvenir, todo auxilio de la fe en las desgracias, que no pueden encontrar una compensación en los goces de la tierra, demasiado pobre para sus aspiraciones, y excesivamente rica en miserias y contrariedades; de otra, pocos á quienes sonríe la fortuna, que no tienen ni una sola chispa de caridad encendida en su seno, atentos como se hallan á atesorar y gozar: de un lado, desesperados extremecimientos que anuncian cambiarse en hechos de salvajismo; de otro, obscenas alegrías y danzas y expansiones paganas, que atizan el desden del pobre no socorrido y provocan los castigos divinos.—Hé aquí lo que hemos ganado, hé aquí lo que promete esta guerra intimada á la Iglesia en

nombre de la civilización, y dirigida en cambio á hacernos caer de nuevo en los horrores de la barbarie.—Ahora, si hay manera de hacer cesar los males presentes y de conjurar los peligros futuros, no podría ser otra que vuestra fidelidad á las leyes de Dios y de la Iglesia, manifestada por medio de la observancia animosa de las mismas con el ejemplo de una vida cristiana.—Y ¿qué tiempo más oportuno que este en que vamos á entrar para dar principio á la obra verdaderamente reparadora? Los que pretenden representar el siglo quieren la civilización fuera de Dios, contra Dios, y no la tendrán. Vosotros, amadísimos, debeis decir y probar con los hechos, que con Dios y escuchando su voz reflejada en la de su Iglesia se conserva y se acrecienta el bien que nuestros padres nos legaron. Con Dios y con la guía de su Iglesia se harán los pueblos verdadera y gloriosamente civilizados. Si alguna vez sentís decaer vuestro ánimo en esta inmensa sublevación de hombres, de Estados, de ciencia, contra Dios y su Cristo, no olvideis que teneis para defenderos un arma invencible, omnipotente, *la plegaria*. Valéos de ella pública y privadamente: á Dios, que es fidelísima ayuda, escudo de quien confía en El, elévase vuestros clamores suplicantes. Rogadle por nuestra ciudad, por vosotros, por la familia, rogadle por la Iglesia.

Entre tanto, con la Bendición Pastoral, deseamos que la divina gracia con toda suerte de celestes dones y consuelos, se difunda ampliamente sobre todos vosotros.

Perusa, en el Episcopado, 6 de Febrero de 1877.

J. CARD. OBISPO.

MAHON.

(Continuación.)*

VIII

El ejército francés desembarcó el 18 de Abril del año ya citado de 1756, sin oposición alguna junto á Ciudadela, é inmediatamente emprendió la marcha á Mahón, retirándose á su vista

(*) Véanse los números 247, 248 y 249, páginas 612, 641 y 684.

las guarniciones inglesas de aquella plaza, del castillo de Fornells y de cuantos puntos ocupaban del camino.

Iban de vanguardia los generales marqueses de du Mesnil y de Montegnard, que pernoctaron en Mercadal con 24 compañías de granaderos y una brigada real, destinadas á bloquear el puerto de Mahon por la parte oriental, mientras el resto del ejército sitiaba el castillo de San Felipe. La escuadra cerraría el bloqueo por mar, dispuesta, además, á impedir la aproximación de cualquiera otra enemiga; combatiéndola si se empeñaba en hacer levantar el sitio ó en introducir, á lo ménos, socorros en el fuerte.

No se hallaba éste en situación de resistir un largo asedio, pues si bien se encontraba abundantemente abastecido de material de guerra y de víveres, tenia guarnición bastante escasa y sin los necesarios jefes y oficiales. En los cuatro pequeños regimientos destinados á la guarda de la isla, faltaban 41 capitanes y subalternos; y el gobernador, general Blakeney, hombre honrado pero de 82 años y en todo dirigido por su intrigante y ambicioso secretario que le puso mal con los menorquines, no tenia á su inmediación otro oficial de suficiente carácter gerárquico que pudiera ayudarle en la defensa ni sustituirle en un caso desgraciado. El de mayor autoridad en la guarnición, despues de él, era un teniente coronel.

Ya hemos dicho cuál era el defecto mayor de la fortaleza de San Felipe, la proximidad del arrabal de su mismo nombre. A pesar de cuantas órdenes se habian dictado para demolerlo, allí continuaba en pié y habitado al desembarcar los franceses. Decimos mal; fueron derribados, al saberse la invención de los enemigos, la casa del Ingeniero en jefe y cuatro molinos que parecian ser, por su altura y solidez, los únicos estorbos que hallaría en el arrabal la defensa del fuerte. Y el defensor y los testigos en el proceso, posteriormente formado á Blakeney, tuvieron valor para decir que «las casas de la Villa de San Felipe no contribuian á hacer ningun daño á los sitiados, sino que, por el contrario, lo hicieron muy grande á los franceses cuando eran batidos por las balas de cañón y bombas del castillo.»

Hasta que en leimos una relación del sitio de Roma de 1849, suscrita por el entonces general

Waillant, que era útil aplazar para el día siguiente el asalto de una brecha ya practicable, no habíamos oido heregía militar semejante á la pronunciada por los defensores de Blakeney. Una población que toca al glacis de la fortaleza, ¿no perjudicar á su defensa! Y, si era así, ¿por qué se hizo derribar despues?

Si el aserto del, por otro lado, ilustre y sábio mariscal Waillant, se puede disculpar con la idea de que, al derrumbarse las murallas de la puerta de San Pancraccio, andaba M. Lesseps en negociaciones, eminentemente republicanas, con los Triunviros romanos, el de los partidarios de Blakeney no tiene más apoyo que el que le daba el gobierno inglés, protector del general, decidido á perder tan solamente al infortunado almirante Byng.

Y, con efecto, sin descansar un momento el mariscal duque de Richelieu en Mahon, de cuyo vecindario obtuvo un gran recibimiento, se trasladó al arrabal de San Felipe, que acababa de ocupar una parte de sus tropas, y estudió el emplazamiento de las primeras baterías de sitio.

Esto sucedia el 22 de Abril, cuatro días despues del desembarco en Ciudadela; y esa actividad debió sorprender á tal punto al viejo Blakeney, que envió un mensaje al Duque preguntándole la razón de invadir de aquel modo la isla.

A lo cándido de la embajada se podía añadir lo fácil de la respuesta, y Richelieu se la dió cumplida. «La misma, contestó, con que las escuadras inglesas han atacado á los barcos del Rey mi Señor.»

Para comprender si fué justa, no hay más que apelar al Testamento de Byng que señala detalladamente los atropellos con que los ingleses provocaron aquella guerra y parecian hacerla interminable. «Apresar, dice, de setecientas á ochocientas naves sin haber declarado la guerra con las formalidades acostumbradas, es obrar á nivel de las Potencias africanas, resultando de esta conducta muy poca pérdida á la potencia atacada y ninguna ventaja á la que ataca. Los subsidios concedidos para las alianzas del Norte y de Alemania, el número de tropas alemanas mantenida á nuestro sueldo dos años ántes de la declaración que acaba de hacerse, hubiera sido más ventajoso emplearlos en armar una escuadra de treinta navíos de Línea, con diez mil hombres de des-

embarco, para ir á la América á dar un golpe decisivo.

En una «Historia popular de Francia,» extensa é instructiva, se lee lo siguiente: «En 1755, sin declaracion de guerra, el almirante inglés Boscawen apresó dos navíos de línea franceses: el ministerio protestó, pero sin unir la accion á la palabra en seis meses, en los cuales nos arrebataron los ingleses más de 300 buques mercantes con un cargamento de 30 millones de libras y 10.000 marineros que agregaron á sus tripulaciones...» «El ministerio inglés prometió subsidios á todo el que quisiera hacerse enemigo nuestro. La Prusia los aceptó.»

Ofrecia muchas dificultades el suelo, todo él de roca, á la apertura de las trincheras y al establecimiento de la artillería contra la fortaleza de San Felipe; y, urgiendo tanto su conquista por el temor de que fuera luégo socorrida, se procuró romper el fuego cuanto ántes, principiándolo desde la Mola, así para imponer á los sitiados, bombardeándolos desde aquella elevacion, como para impedir el que se acercasen las naves que no dejaria de enviar la Inglaterra en su socorro.

La ardiente impaciencia de Richelieu y la arrogancia de sus ingenieros no contaban, sin duda, con la solidez militar de los enemigos, quienes se rieron de un ataque cuyo primer defecto era el de que sólo podia conducir, en cuanto á la plaza, á amedrentar á sus defensores é inducirlos á rendirse, lo cual no era fácil tratándose de los frios é impertérritos hijos de la vieja Albion. Así es que no sólo despreciaron éstos aquella forma de intimacion, sino que, muy superiores en fuerza para con la Mola, dirigieron contra las baterías en ella levantadas la artillería de los fuertes que las hizo muy pronto enmudecer. ¿Cómo habian de imponer cuando no amenazaban con brechas y con asaltos, los solos agentes bastante eficaces para que un general de honor y soldados que conozcan la disciplina piensen en capitular?

¡Tiempo perdido lastimosamente por la altanería de quien creyó sin duda que la roca de San Felipe, con tanto esmero fortificada, seria lo que la columna deshecha por el fuego de sus cañones en Fontenoi, y por la falta de habilidad ó de experiencia de sus oficiales facultativos!

Fué necesario apelar á los medios regulares,

á los que por algo aconsejará la ciencia; sirviendo los ataques bruscos para puestos de cualidades muy distintas ó para situaciones más adelantadas en la marcha del sitio y en el estado moral de los sitiados. Y no bastando el personal y el material de Ingenieros que se habian llevado, por lo que hubo de recurrirse á Francia en su busca, las primeras baterías construidas al apoyo del arrabal, sobre las ruinas y con los materiales de los molinos derruidos de orden de Blakeney, no pudieron romper el fuego hasta el 12 de Mayo. Llevado siempre de la impaciencia que le era característica, Richelieu lo hizo comenzar con los morteros, el que ménos podia atemorizar á una guarnicion que contaba con abrigos á prueba, abiertos en la roca durísima que forma el subsuelo de la fortaleza. Esta contestaba con violencia igual á la que los enemigos habian impuesto á sus baterías, las cuales aumentaban cada dia en número, segun se iba desvaneciendo la esperanza de que la sorpresa, la falta de recursos y la de noticias de un pronto socorro movieran á la guarnicion á rendirse.

Entre los documentos que posee el general Cotoner, el más curioso indudablemente es el plano de la fortaleza de San Felipe que sirvió á Richelieu para las operaciones del sitio, abandonado, despues, por él en su alojamiento de Mahon, al volver vencedor á Francia. En él están señalados, y parece que de propia mano del ilustre mariscal francés, los ataques dirigidos contra las obras exteriores del recinto principal y los fuertes de Marlborgh y Felipet, Marlborough con los nombres de los generales que los mandaron y las baterías de que partieron. Es de un dibujo muy correcto y sumamente detallado, el más propio, de consiguiente, para la explicacion de aquel célebre sitio en todas sus fases.

Los sitiadores sabian por sus agentes y espías la salida de la escuadra de Byng de las costas de Inglaterra, y áun cuando ignoraban su destino, del cual tampoco estaba cierto el célebre almirante inglés al embarcarse, sospechaban que tan pronto como en Inglaterra ó en Gibraltar se tuviera conocimiento de la expedicion francesa á Menorca, enderezarian los ingleses su rumbo á aquella isla.

No dejaba de tener fundamento aquella sospecha; y, aunque algo á la española entónces, esto es, tardíamente si se tiene en cuenta la di-

igencia británica, se divisó el 19 de Mayo la escuadra destinada á hacer levantar el sitio. Se hacia la situacion de los franceses sumamente crítica, pues que, de enseñorearse el almirante inglés del mar que rodea la isla, no habia salvacion posible para el ejército que la ocupaba. Así lo comprendieron el duque de Richelieu, tan activo, por lo mismo, en las operaciones del sitio, y M. de Galissionére, jefe de la escuadra francesa que velaba por el abastecimiento de las tropas y por que no se interrumpies en sus trabajos, é, inspirándose en la idea de pelgro tan grave é inminente, los dos se resolvieron á extremar su accion para salvarlo con la mayor honra y gloria posibles.

No nos incumbe la narracion del combate naval que se riñó entónces en las aguas de Menorca, y no hemos de entrar en el exámen ni en la discusion de unas operaciones tan controvertidas por los directamente interesados en la lucha, y cuyo éxito es lo que nos importa conocer y apreciar en este escrito. La habilidad y la energía de los contendientes podrá ser discutida por una y otra parte con razones más ó ménos valederas; la fortuna quedaria cerniéndose durante la jornada entre los dos cuerpos, vacilante sobre á cuál inclinarse; pero el resultado apareció al dia siguiente, indubitable, pavoroso y desesperado á los presidiarios de San Felipe, brillante y decisivo á los soldados de la Francia. Porque, no tan sólo creyó el almirante Byng deber alejarse de Menorca en busca de abrigo ó de refuerzos para sus averiados navíos, sino que hubo de renunciar á la empresa de introducir en la fortaleza los socorros en hombres y material que conducia; abandonándola á su destino por un espacio de tiempo que él suponía corto para una guarnicion que consideraba bastante numerosa y bien provista, interminable, sin embargo, para los que amanecieron la mañana siguiente atónitos y pasmados ante el espectáculo de la escuadra francesa balanceándose gallardamente junto á la Mola, saludada con las salvas repetidas de la artillería de los sitiadores.

No se descuidaron éstos en aprovecharse de la ventaja obtenida por sus camaradas de la flota, y se esforzaron en aumentar el número de las baterías, cuyo armamento se hizo, por fin, consistir en 62 cañones de grueso calibre, 21 morteros y 4 obuses.

Siendo nuestro primer objeto en este escrito, como en los de la misma índole que hemos dado á luz anteriormente, el de hacer conocer ideas y opiniones ignoradas quizá de una parte de nuestros lectores, vamos á copiar literalmente la relacion de los ataques últimos y del asalto, cual, traducida del inglés, consta entre los papeles del marqués de la Cenia.

Héla aquí:

«No habia quien pudiera resistir á un ejército tan formidable sin ulterior ayuda. Sólo «con hacer pasar allí una escuadra bien surtida, «era el único medio eficiente para arrancar la «presa de las manos del enemigo; y como estaba en nuestro poder el enviarla, podia esperarse en un corto tiempo: y el Mariscal francés teniendo noticias que la córte de la Gran «Breña habia expedido un fuerte refuerzo de «un navío de 80 cañones, tres de 64 y uno de «50 para unirse con la escuadra bajo las órdenes del Almirante Byng; como él no pudo sino «prever su propia desgracia en caso de resultar «una completa derrota de su escuadra, la que «infalliblemente encerraria su ejército sobre una «isla en donde él no podria encontrar ninguna «especie de apoyo, y ser obligado á rendirse «prisionero de guerra: y la prolongacion del sitio habiendo pasado ya más allá del tiempo «que á su córte se habia hecho esperar la rendicion del fuerte de San Felipe; que sus enemigos arrimados al Rey habian hecho uso de «ello á fin de disminuir su reputacion y la estimacion de su Real amo, y estaban á punto de «hacerle llamar, por lo que el Sr. Duque de «Richelieu activó las cosas con el mayor vigor; «y habiendo hecho una brecha practicable en «uno de los revellines y un daño considerable á «las obras exteriores el dia 27 de Junio, se determinó á probar los efectos de un asalto general aquella misma noche.

«La guarnicion quedaba reducida á 2.500 «hombres al tiempo de ejecutarse el ataque general: por el contrario, el ejército enemigo, el «cual habia sido constantemente reforzado con «un regimiento de artillería, remesas de tropa, «municiones, etc., era más fuerte que al principio del sitio.»

«Por la tarde del 26, el duque de Richelieu «convocó un consejo de guerra al que asistieron «todos los oficiales generales, á quienes manifestó todo su proyecto, mereciendo la aproba-

«ción unánime. Seguidamente, prosiguió á
«nombrar los respectivos cargos para la ejecu-
«ción del plan, y se colocó en el centro de los
«ataques de la izquierda, dando las órdenes con-
«ducentes para que el Condé de Maillebois, el
«Marqués de Mesnil y el Príncipe de Wirtem-
«búrg le acompañaran á dar las direcciones ne-
«cesarias para el auxilio y buen resultado de
«los ataques. Se convino asimismo que la señal
«para empezar el asalto se daría disparando un
«cañonazo y cuatro bombas, desde la batería
«cerca de la torre de señales.»

«Las cosas estando así dispuestas, la artille-
«ría continuó batiendo los fuertes hasta el día
«27 á las diez de la noche, las que cesaron el
«fuego de repente. A tenor de las órdenes expe-
«didas, la señal de un cañonazo con bala y cua-
«tro bombas arrojadas dentro del castillo, fué la
«que se hizo inmediatamente; y el Sr. de Monty
«marchó contra Strugen y Argyle, y los señores
«de Briqueville y de Sades avanzaron sucesiva-
«mente contra los reductos de Kane y de la
«Reyna. Los botes de los buques de guerra con
«tropas y escalas de asalto, fueron á la cala de
«San Estéban, al mismo tiempo que se intentó
«la toma del fuerte Carlos; pero fueron valien-
«tamente rechazados.»

«Los sitiadores se portaron como héroes, dis-
«putando el terreno de pulgada en pulgada;
«pero despues de mucha ejecucion por los fue-
«gos de ambos lados, el reducto de Strugen ó
«Anstruther fué tomado por asalto, y los re-
«ductos de Argyle y de la Reyna por escala-
«miento. Volaron el Argyle é hicieron saltar
«con tal ejecucion tres minas debajo del de la
«Reyna, el glacis de Anstruther y la luneta de
«Kane, que hicieron volar por el aire tres com-
«pañías de granaderos franceses. Pero en esta
«ocasion, la pérdida de la guarnicion fué mucho
«más fatal. Porque el teniente coronel Jeffries,
«del regimiento de Lord Effingham, segundo co-
«mandante, y á la verdad el hombre más activo
«del fuerte, fué hecho prisionero entre Strugen
«y Argyle en el momento en que corria con 100
«hombres á su socorro. Cuando vió que los fran-
«ceses se habian posesionado del reducto, in-
«tentó retirarse; pero fué envuelto y obligado á
«rendirse con quince de sus hombres. Aquí
«tambien el Mayor Cunningham, que iba en
«su compañía, aunque tuvo la fortuna de con-
«servar su libertad, estuvo tan impedido á causa

«de un bayonetazo que recibió á la mano dere-
«cha, y por tener su brazo muy maltratado por
«una bala de fusil, en tanto que no pudo con-
«tinuar haciendo servicio.»

«Habiéndose tomado estos tres reductos, y
«estando el enemigo en posesion de los cañones
«y morteros que allí encontraron, hicieron in-
«mediatamente en aquella parte un alojamiento,
«que fué el principal ataque, y siguieron los
«otros ataques con vigor. Al mismo tiempo, el
«príncipe de Beauveau, quien estaba encargado
«del ataque contra las lunetas del Oeste y Ca-
«rolina, se apoderó del camino cubierto; pero
«como la luneta Kane no habia sido tomada,
«se vió obligado á retirarse; habiendo clavado
«doce cañones, cortado las empalizadas, destro-
«zado las cureñas, y allí se mantuvo tanto
«como pudo, á fin de favorecer el ataque prin-
«cipal.»

«Lo impracticable de mantener una fortaleza
«de tal extension con una guarnicion tan pe-
«queña contra todos estos fuegos y la combina-
«cion de todos estos varios ataques, animó de
«tal modo al comandante francés, que él con-
«sideró que el suceso seria seguro por la parte
«de la izquierda; y al romperse el dia, siendo su
«gente del todo dueña del reducto de la Reina
«y de los fuertes de Strugen y Argyle, aporta-
«ron 400 hombres en el primero y 200 en el
«último; el Sr. de Richelieu y sus nobles acom-
«pañantes, arriba dichos, continuando siempre
«como se habia dicho, en el centro de los ata-
«ques sobre la izquierda.»

«El valiente gobernador y su guarnicion se
«defendieron con toda la intrepidez que es na-
«tural á los ingleses en tiempo de peligro. Pero
«ningunos se distinguieron más que los que se
«hallaban en las lunetas del Oeste y de la Caro-
«lina, en cuyos puntos cada Oficial y soldado,
«sedientos de gloria, mantuvieron sus puestos
«con un valor incalificable y una valentía ex-
«tremada, con la mayor fatiga, contra un nu-
«mero muy superior del enemigo.»

«Al romper el dia 28, los sitiadores, famosos
«por sus estratagemas para llevar adelante lo
«que no pueden efectuar por la fuerza, tocaron
«á parlamento y obtuvieron una suspension de
«armas con el pretexto de enterrar sus muertos,
«que á la verdad estaban amontonados en las
«inmediaciones de los puntos de operaciones.
«Pero la mira principal del enemigo era para

«obtener una ocasion de asegurar los alojamientos que se habian formado, introduciendo en ellos un número considerable de tropas por un pasaje subterráneo que una bomba habia abierto y que los enemigos no descubrieron hasta que amaneció; pero entónces ya era demasiado tarde para disputar su posesion con el enemigo.»

«Cuando se descubrió esto y se supo que por aquel pasaje, debajo de la luneta de Kane, los enemigos podian trasladarse á todas las demás comunicaciones de los subterráneos que dirigian á las obras exteriores que la guarnicion no estaba en condiciones de defender por falta de gente, el gobernador, durante la suspension de armas, celebró un consejo de guerra, en el cual, habiendo debidamente considerado las circunstancias de la guarnicion y las medidas más propias que debian tomarse, opinó, en su mayoría, que debia capitularse. Entónces el Gobernador consultó á los oficiales de artillería, los que unánimemente declararon que las obras se hallaban en un malo y ruinoso estado, é irreparables en el actual estado de la guarnicion. Tambien fueron convocados todos los capitanes que no estaban de servicio, y todos convinieron en que la guarnicion no se hallaba en condiciones de sostener otro ataque general; que el cuerpo del castillo se hallaba muy maltratado; que las troneras estaban derribadas; que las empalizadas, en muchas partes, estaban enteramente rotas; que la guarnicion se hallaba enteramente postrada con un servicio incesante y continuas guardias, y que el enemigo, habiendo ocupado los subterráneos que comunican entre sí por debajo de todo el castillo, el Gobernador estaba obligado á defender esto tambien, caso de resistir otro asalto, ó dejar el cuerpo de la plaza expuesto al enemigo sin resistencia, para todo lo cual no habia fuerza suficiente bajo su mando.»

«Estas consideraciones y la falta de noticias, despues de haber desaparecido la escuadra inglesa bajo el mando del Almirante Byng, prevalecieron con el Gobernador de proponer unos términos de capitulacion, á fin de conservar los restos de su valiente guarnicion y la vida de un número considerable de súbditos de Su Magestad que se hallaban en el fuerte, los cuales, sin distincion, hubieran sido víctimas en el caso de un asalto general, y fueron muy

«afortunados con que capitulara, porque el enemigo, el mismísimo dia de la capitulacion, desembarcó en Ciudadela 4.000 hombres más con pertrechos de guerra.»

Y ya que nos hemos puesto á copiar la narracion anterior que tanto favorece á Sir Guillermo Blakeney, narracion que aún se extiende despues en el exámen de los juicios que otros emitieron en sentido no tan propicio, terminaremos trasladando á nuestros lectores el del almirante Byng, con lo que podrán, acaso, formar opinion más exacta sobre aquel importantísimo suceso.

Escribia así el desgraciado marino en sus últimos momentos: «En fin, si Blakeney, que defendia el fuerte de San Felipe, se vió obligado á capitular por falta de soldados, víveres ó municiones de guerra, examinemos si se puede atribuir la rendicion de la plaza á la falta de este socorro.»

«¿Estaba practicable la brecha cuando tremoló bandera blanca? ¿Las obras de que se apoderaron los franceses fueron tomadas despues de abierta brecha? ¿Le faltaban víveres, balas, pólvora y agua? Si todas estas cosas se hallaban con abundancia ántes de la capitulacion, no pueden servir de excusa á Blakeney para rendir el puesto que se le habia confiado.»

Y continúa el almirante acumulando sobre el gobernador de San Felipe cargos que no dejan de tener fundamento, pero que no transcribimos por no hacer interminable este escrito, ya largo y tememos que enojoso.

Por supuesto que las relaciones de aquel célebre sitio se hallan salpicadas, segun el carácter de los historiadores, de mil curiosas anécdotas para celebrar el valor ó el ingénio de los contendientes. Los ingleses, por ejemplo, estamparon la orden de Blakeney «para que ningun oficial, de cualquier rango que fuese, pudiera dirigir ni someter ninguna medida de la menor consecuencia sin ántes comunicársela para su aprobacion.» Los franceses, de su parte, conmemoran otra disposicion de Richelieu que retrata perfectamente su índole y es, á la vez, muy propia del carácter francés. Parece que sus subordinados distraian el tiempo, que ya se les hacia largo, y el tedio del campamento con el vino, y el Mariscal dictó la orden general siguiente:

«Se niega el honor de subir al asalto á todo

«el que se emborrache.» E hizo efecto la intimación.

No hay historia, biografía ni noticia alguna de origen francés, sobre el sitio del castillo de Mahon, que no contenga ese rasgo y otros muchos semejantes, geniales en el insigne Mariscal y Duque, favorito de Voltaire. Uno de los más notables, inspirado al parecer por su amigo el escéptico filósofo que tanto lo había ensalzado en su poema de Fontenoi aún á costa del Mariscal de Sajonia, fué el de trabajar en favor del almirante Byng cuando fué acusado, aunque sin conseguir otro resultado que el de irritar más aún á sus enemigos los gobernantes ingleses que le hicieron condenar.

La recompensa que recibió en París no fué tampoco muy lisonjera. Al presentarse á Luis XV despues de victoria tan importante, no obtuvo otra señal de reconocimiento que esta intencionada pregunta. «Hola, Sr. Mariscal de Richelieu, ¿que tal os han parecido los higos de Menorca? Dicen que son muy buenos». Y el duque de Richelieu, dice un historiador compatriota suyo, volvió á confundirse en la multitud de los cortesanos, aplicándose, para conservar las buenas gracias de su amo, á proponerle placeres.

IX

Así cayó en poder del duque de Richelieu el importante castillo de San Felipe, pasando la isla entera de Menorca á ser posesion francesa, todo ménos aquello que la naturaleza, la historia y el derecho reclamaban.

Ya hemos dicho, sin embargo y en honor á la verdad, cuáles habian sido los móviles que principalmente impulsaron á la Francia para su conquista. Y no los desmintió despues, estableciéndose entre su gobierno y el de la Gran Bretaña un verdadero pujilado de concesiones y promesas, á cual más halagadoras, con el fin de sacar á Fernando VI de la neutralidad en que con pertinacia tan insistente se habia encerrado. De una parte y otra comenzó entónces una série de intrigas en la corte de Madrid, de cuyas resoluciones no parece sino que esperaba cada una de ellas sacar la supremacía que se disputaban las dos en los destinos del mundo.

La Inglaterra, sobre todo, comprendiendo el influjo que daba á la Francia en sus aspiracio-

nes á rivalizar con ella en el Mediterráneo, el haberse hecho dueña de Menorca en presencia, puede decirse, y á pesar de la accion de sus escuadras, se apresuró á ofrecer á España, si abandonaba su neutralidad, ventajas que es necesario verlas prometidas en documentos oficiales para creerlas, sinceras, sobre todo, y formales. Hay que considerar cuán precaria debia ser y hasta comprometida la situacion de la Gran Bretaña en aquellos dias para comprenderlo; y, sin embargo, ahí están las comunicaciones pasadas á M. Keene, á poco de saberse en Lóndres la rendicion del castillo de San Felipe, que lo ponen bien elocuentemente de manifiesto. En ellas se le manda que ofrezca á España la devolucion de Gibraltar, siempre que se resuelva á tomar parte en la guerra con Francia y á ayudar á la reconquista de Menorca para los ingleses.

«Para explicar á V. E. con claridad y exactitud el objeto que me propongo,—decia M. Pitt á Keene en Agosto de 1757,—he pensado que el modo más seguro así como el más corto, seria el de transmitir la nota aprobada unánimemente por los ministros del Rey, con quienes se consultan las negociaciones más secretas de la corona, la cual contiene el número y sustancia de las medidas que el Rey tiene intencion de adoptar en estas críticas circunstancias, con los motivos en que se fundan.»

«Hé aquí su informe: «Tomando en consideracion SS. SS. los alarmantes progresos de la Francia y los riesgos á que se hallan expuestos la Inglaterra y sus aliados á consecuencia del trastorno general del sistema político de Europa, y sobre todo, por el desarrollo peligroso de la influencia francesa desde la admision de guarniciones suyas en Ostende y Nieuport; pensando SS. SS. que en las circunstancias desgraciadas en que nos hallamos, no hay más que la union más íntima con la corona española que pueda contribuir poderosamente á la emancipacion de Europa en general, y á la continuacion de la guerra actual, tan justa y necesaria, hasta el momento en que pueda restablecerse la paz sobre bases tan sólidas como honrosas.»

«A fin de alcanzar ese fin indispensable, exponen SS. SS. humildemente á S. M. su opinion sobre la necesidad de entablar negociaciones con aquella córte, para comprometerla,

«si es posible, á que una sus armas á las de
 «S. M., con el objeto de conseguir una paz jus-
 «ta y honrosa, y principalmente para adquirir
 «de nuevo la restitucion á la corona de Ingla-
 «terra de la muy importante isla de Menorca,
 «con todos sus puertos y fortalezas, y así resta-
 «blecer un equilibrio permanente en Europa.
 «Para llegar á ese gran objeto, SS. SS. pien-
 «san que es importante, en tanto que se juzgue
 «necesario, el comprender en una negociacion
 «con la corona de España, el cambio de Gíbral-
 «tar por la isla de Menorca, con sus puertos y
 «fortalezas. Someten, pues, muy humildemente,
 «su opinion unánime de sondear, sin pérdida de
 «tiempo, las disposiciones de la córte de España
 «sobre este punto, y en el caso en que se hallen
 «favorables, emprender inmediatamente la ne-
 «gociacion de que se trata, y terminarla lo án-
 «tes posible y con el mayor secreto.»

«Son tambien SS. SS. de opinion de que se
 «atienda en justicia á las reclamaciones de Es-
 «paña concernientes á los establecimientos for-
 «mados por súbditos ingleses en la costa de
 «Mosquitos y en la bahía de Honduras, desde
 «el tratado de Aquisgran, en Octubre de 1748,
 «en el concepto de que queden evacuados to-
 «dos.»

Prosigue el Ministro dando instrucciones al
 Embajador sobre el modo de provocar en la córte
 de España otra negociacion que, ofreciendo
 interés á la familia real, puede hacerse muy de-
 licada, por no ir principalmente dirigida al en-
 grandecimiento de la nacion, sino al de la di-
 nastía, siempre, por supuesto, con el objeto de
 atraerla á los intereses de la Inglaterra. Véase
 con qué habilidad se trata.

«Tambien, se dice, debo comunicaros, por ór-
 «den de S. M., otra idea importante que tiene
 «conexion íntima con la medida de que se trata
 «y que se deduce naturalmente de ella: es de ín-
 «dole tal que puede halagar los intereses y las
 «aspiraciones del heredero presuntivo y llegará
 «á ser, así al ménos lo espero, fuente de que po-
 «dreis sacar grandes facilidades para vuestra ne-
 «gociacion. Puede tambien proporcionar á las
 «potencias extranjeras nuevos medios de ejecu-
 «cion para sus planes militares si sois bastan-
 «te feliz para obtener un éxito completo en esa
 «difícil empresa. El objeto predilecto del rey de
 «las Dos Sicilias, conforme á su repugnancia de

«adherirse al tratado de Aranjuez, no puede ser
 «otro que el de asegurar á su hijo segundo la su-
 «cesion eventual del reino que actualmente ocu-
 «pa Su Magestad Siciliana, en el caso en que
 «llegára más adelante á ocupar el trono de Espa-
 «ña. El Rey considera como de la mayor im-
 «portancia el que V. E. procure investigar la
 «opinion del Rey y de la familia real, así como
 «de la nacion española, sobre ese punto que está
 «en la categoría de las cosas posibles. S. M. me
 «manda que os recomiende sobre ello la mayor
 «prudencia y una circunspeccion escrupulosa
 «al tocar cuerda tan sensible y deslizar esta
 «idea. Dejando como entrever materia tan de-
 «licada, acerca de la cual nos hallamos en la
 «más profunda oscuridad, y en que pueden cho-
 «carse tantos intereses personales y tantas pa-
 «siones domésticas entre las testas coronadas y
 «los príncipes de la familia real española.»

Y despues de buscar por otros caminos to-
 davía el de comprometer á nuestro gobierno
 por los aventuradísimos y, de todos modos, pe-
 ligrosos entónces de una alianza inglesa, con-
 cluye el despacho que vamos trascribiendo con
 el cauteloso y oscuro párrafo siguiente:

«Antes de terminar este despacho, ya muy
 «largo, debo, conforme á las órdenes especiales
 «de Su Magestad, recomendaros con instancia
 «el que empleeis la mayor reserva y mucha cir-
 «cunspeccion al revelar el proyecto condicional
 «relativo á Gibraltar; no vaya, en su conse-
 «cuencia, á interpretarse la proposicion como
 «una promesa de restituir aquella plaza á
 «S. M. C., aún cuando España no aceptase la
 «condicion que exigimos, de su alianza. En el
 «curso de toda esta negociacion sobre Gíbral-
 «tar, tendreis un cuidado especial en pesar y
 «medir cada expresion en el sentido más preci-
 «so y ménos abstracto, para hacer imposible
 «toda interpretacion capciosa y sofística, que
 «presente esta propuesta de cambio en los tér-
 «minos arriba enunciados como la renovacion
 «de una pretendida promesa de ceder la plaza.
 «Para hablar de una manera todavía más clara
 «y positiva sobre objeto de tanta importancia,
 «debo preveniros expresamente, aunque no lo
 «considere necesario, que el rey no puede, aún
 «en el caso propuesto, abrigar el pensamiento
 «de restituir Gibraltar á los españoles, hasta
 «que esa córte, con la union de sus armas á las
 «de S. M. haya realmente reconquistado y de-

vuelto á la Inglaterra la isla de Menorca con todos sus puertos y fortalezas. »

JOSÉ G. DE ARTECHE.

(Continuará.)

LA EMANCIPACION DE LA MUJER

EN INGLATERRA.

Con el título de *El porvenir de las mujeres inglesas*, se dió á luz hace algunos meses, en la publicación británica *Nineteenth Century*, un artículo firmado por Mrs. Orr, en el que se exponían los peligros de la emancipación de las mujeres, conviniendo en que los primeros pasos dados en tal sentido podrán producir buen resultado y realizar tal vez «la mayor expansión de que es susceptible la naturaleza femenina,» pero manifestando el temor de que el resultado final del movimiento sea una descomposición de la sociedad.

El partido favorable á la emancipación, se sintió lastimado con el ataque de Mrs. Orr; y Mrs. Fawcett, que es uno de sus más decididos campeones, publicó en la misma Revista, poco despues, otro artículo con el mismo epígrafe, como contestación ó réplica. En él juzga Mrs. Fawcett que los temores manifestados por Mrs. Orr son completamente quiméricos, y se burla de ellos. Cromwell, dice, consignó en una de sus cartas, *que no es justo ni prudente privar á un hombre de su libertad natural, por suponer que pueda abusar de ella: cuando abuse, que se le juzgue*. Pues bien, yo pido que se juzgue á las mujeres segun el uso que hacen de su libertad actual, no segun los imaginarios abusos que jamás ha evidenciado la experiencia. »

Difícil es en España apreciar con equidad la cuestión debatida por dichas señoras, ofreciendo como ofrece distinto carácter en Inglaterra que en nuestro país. Aquí, la idea de la emancipación de las mujeres únicamente se concibe asociada á doctrinas políticas de exagerado avance; mientras que allí, obedeciendo á una circunstancia particular de la población, al considerable exceso que hay en el número de mujeres sobre el de hombres, es independiente de la política. Por cientos de miles se cuentan las inglesas que forzosamente abrazan el celibato; y careciendo muchas de ellas de recursos, por necesidad tienen que crearse medios de subsistir. Natural es, pues,

y hasta humano, el tratar de hacerles menos penosa su tarea, que es á lo que aspiran, y por lo que enérgicamente trabajan los jefes del movimiento. Dos victorias importantes ha conseguido el partido desde hace algunos meses: la de facilitar á las mujeres el ingreso en la carrera médica, y la de franquearles las puertas de los colegios de Lóndres. En cambio, en el terreno político, no se ha podido obtener para ellas la aprobación del *bill* presentado á la Cámara respecto al sufragio; por una gran mayoría, ha sido rechazado nuevamente.

Hasta ahora los jefes del partido habian dado muestras de prudente moderación en sus deseos; se limitaban á pedir que se hiciese menos desigual el combate de la vida para las mujeres aisladas, y que se les permitiera hacer concurrencia á los hombres en las profesiones para que fuesen aptas por sus facultades; aseguraban con toda sinceridad que una vez en posesión del modesto *minimum* de derechos considerado indispensable para que una jóven inteligente y laboriosa pudiera conquistarse honradamente una posición, las mujeres se darían por satisfechas. Su evidente buena fe tranquilizaba á los indiferentes y debilitaba, si no convencía, á los adversarios. Pero una confesión tan imprudente como ingénuo hecha por M. Courtney en la Cámara, revelando que se dejaban arrastrar por la fuerza de las circunstancias, restableció el debate en su verdadero terreno. El objeto perseguido es la igualdad completa, civil y política, de los dos sexos.

Y no podría ser otro. La situación de las mujeres en la sociedad está regulada por el principio de que los dos sexos se hallan destinados á trabajos y misiones distintas. Desde el momento en que se parte de la idea de que la mujer está llamada en un gran número de casos á perseguir el mismo fin que el hombre, la justicia exige que se le den armas iguales.

Si esto no es, como afirma Mrs. Orr, una descomposición social, es, por lo ménos, una revolución social muy profunda, y, por más que diga Mrs. Fawcett, un tanto aterradora.

RICARDO DE MEDINA.

LOLA LEE,

(Conclusión.) *

V

Lola ha recibido tantas cartas como días han pasado desde el infausto de la amarga separación. Enrique escribe poco á veces, pero escribe siempre, y sólo escribe poco cuando es de todo punto imposible que escriba más. Sus cartas son movidas, apasionadas. Habla de las victorias del ejército en que pelea y de la pasión que abraza su alma. Es Napoleón (capitan de húsares graduado) escribiendo á Josefina, es decir, á Lola.

Lola le contesta siempre que puede, y cuando no se vé obligada á pasar la noche en el teatro ó las *soirées*,—porque ya ha extendido su vestido y su horizonte,—escribe más largo que de ordinario.

Al contestar hoy, ha dejado olvidada sobre su lindo escritorio la última carta de Enrique. Aprovechemos el olvido y leamos:

«Lola mia: esta carta llegará probablemente á tus manos el domingo, cuando vuelvas de misa. Venir de hablar á Dios—ser buena,—y leer despues una carta de tu Enrique,—ser querida,—son dos cosas que pueden dar mucha alegría. A más que tú novio puede hoy escribirte largo y darte una buena noticia.

«Ayer, despues de salir la correspondencia de esta division, he tenido un inesperado placer. Los deseos del bueno de Rufo, que eran los tuyos y los míos por tanto, están cumplidos. Rufo es ya soldado de mi regimiento y espero tenerle aún más cerca: trabajo por traerle á mi inmediato servicio. Ya supondrás cómo trataré á quien tanto tiempo vivió á tu lado, á quien al abrirme la puerta de tu casa, me franqueaba el paraíso. Cuando se cuadró delante de mí llevando graciosamente la mano á la altura de su frente, sentí verdadero deseo de abrazarle como á un camarada.

«Hoy hemos hecho una jornada muy penosa. Este accidentado país está cubierto de nieve, pero en medio de este frío intenso arde cada vez más viva la voraz llama que encendieron en mí esos ojos tan azules, tan hermosos, tan tuyos...

(*) Véase el número 243, pág. 3667.

«No temas que te hable en verso; tengo muy poco de artista. Sin embargo, desde que me has puesto así, me conmueven muchas cosas en que ántes no reparaba. Contemplando anoche los campos y las montañas tapizados de nieve y bañados por la luz de la luna clara y llena, sentía como enamorado. No me ocurrió pensar que al día siguiente podría aquella immaculada nieve verse hollada por mil huellas y manchada de sangre.

«¡Dichosa tú que vives en los mismos lugares testigos de nuestra felicidad! ¿No vés alguna vez á sentarte sola en el sofá azul y á pedir un eco de lo pasado? Cuéntame alguno de esos detalles, de esas pequeñeces, que cosas tan grandes deben ser para nosotros. ¿Por qué no eres en tus cartas más expresiva y más pródiga? ¿O es que soy yo demasiado codicioso, tesoro mío?

«Tus recuerdos van siempre conmigo; creo que me defienden como una dura coraza; los llevo sobre el corazón. Muchas veces al día van de sitio por breves instantes, y puedo jurar que no están envenenados... ¡Si esta fría imagen se animase! ¡Si yo pudiera buscar el lugar de que fué arrancado este disco de hilos de luz!—No me lames exigente si te pido un nuevo retrato. He asistido á los últimos momentos de la crisálida, y quiero ver la mariposa. ¿Quién me diera poder pisar esa cola tan larga de tu nuevo vestido y decirte:—*Perdone Vd., señorita!*—Creo que me perdonarías con mucho gusto, eh?

«No acierto á concluir y es preciso que lo haga. Hasta mañana, Lola mia. Me muero por tí.

ENRIQUE.»

«P. D. Cerrada ésta carta, la abro para que sepas que en este momento nos dan orden de emprender de nuevo la marcha. Dicen que el enemigo estará pasado mañana á nuestra vista. Le derrotaremos de fijo. Nada temas. Yo solo temo que en vez de gritar ¡viva la libertad! grite... cualquiera otra cosa. Adios.»

A tiempo hemos terminado la lectura y satisfecho nuestra curiosidad. Lola penetra en la habitación, recoge la carta y la encierra en un cajón de su escritorio. Lola está encantadora; más encantadora que nunca. Viste un traje blanco, muy blanco, que arrastra por el suelo produciendo un ruido semejante á un aleteo de paloma; en su gar-

ganta y en sus brazos desnudos, parecen desvanecerse sobre nevado fondo azulados toques de tímido pincel; en su cabeza, levantada con cierta arrogancia, como rubíes engarzados en el oro de sus cabellos, frescas camelias se muestran orgullosas; una sonrisa, que tiene algo de extática, flota por aquellos lábios que las rojas camelias envidiarían; y un brillo singular y una expresión rica de vida y de misterios, brotan de sus pupilas, que parecen reflejar un alma grande y hermosa, á la manera que el mar refleja el sereno cielo.

—¡Si Enrique la viera así!—Pero no puede verla.

Lola, después de ejecutar varios graciosos movimientos delante del espejo que copia toda su gentil figura y de pasar con exquisita delicadeza su pañuelo de encaje por las arqueadas cejas, hace sonar un timbre. Como si esta acción hubiera sido involuntaria, el vibrante sonido causó á la encantadora joven un brusco estremecimiento y volvió como asustada la cabeza...

Un criado se presentó en la puerta de la habitación.

—¿Llama la señorita?

—Sí. Dile á papá que son las once en punto y que estoy dispuesta.

—Está muy bien.

El criado desapareció.

Lola, con cierta agitación difícil de explicar y sin sonreír como hasta entonces, volvió á abrir el cajón en que ántes guardara la carta de Enrique; buscó mucho entre los muchos papeles que allí revueltos habia; dió, por último, con un retrato que miró breves instantes, lo guardó de nuevo, y salió con paso rápido tarareando un wals de Waldteufel.

VI

Michelet ha dicho que la mujer «es el domingo del hombre»; pero Michelet quiso referirse á los domingos que comienzan para los creyentes con una incruenta manifestación del culto divino, y trascurren apacibles con todos los encantos del descanso y de la alegría que rebosa en los ánimos sencillos y expansivos. El poeta hizo implícitamente la excepción de los domingos que empiezan con tiros y acaban con agonías. Las mujeres, en otro caso, podrían salir mal paradas de tal retórica...

Las cornetas y las músicas del ejército libe-

ral han saludado con agudas notas y marciales ecos la primera luz del día. Hasta aquí, el domingo de Michelet vá bien. A los sonos de las militares bandas, mézclase de tiempo en tiempo el ruido de un disparo de fusil. En las fiestas solemnes de mi pueblo suele haber también esta parte explosiva.—Pero aquí acaba el domingo de *La femme* y entra la excepción que queda supuesta.

Nótase en el campamento agitación extraordinaria. En una pequeña altura, el general en jefe de aquel ejército, rodeado de su estado mayor, observa con sus anteojos de campaña otras lejanas alturas de donde á intervalos brotan remolinos de humo, que después de algunos segundos se traducen en estruendo. En la pequeña altura está el corazón de todo ese organismo que culebrea por el llano y por las laderas de los montes y que, como los pedazos de una serpiente, importa poco que se disgreguen y se dispersen sus miembros para que continúe su movimiento incesante. De aquella altura salen veloces los ginetes y á ella tornan, llevando una orden, dando cuenta de una comisión ó pidiendo un parecer.

El artillero sacude el látigo sobre los robustos mulos, y lleva adelante la abierta boca de bronce que va pronto á hablar. La ligera infantería evoluciona con presteza y se distribuye por masas aquí y allá. A retaguardia, inmóvil y en compacta formación, la caballería espera que le toque su turno. Las agudas lanzas, á cuyo término se agita la pequeña banderola, y los anchos sables, brillan en la mano de los soldados, caballeros en sendos potros, entre los que se destacan los de blanca piel que montan los cornetas... Allí está el capitán Enrique de Vargas al frente de su aguerrido escuadrón, mirando á las alturas unas veces, mirando otras al valle y dejando muchas más que su mirada huelgue en el vacío. Su brioso alazán azota con el casco el pequeño charco que formó la nieve derretida bajo sus piés, sacude su cabeza haciendo sonar el metal de los bruñidos arreos, y lanza á menudo un prolongado relincho que no queda sin respuesta.

Rómpelese el fuego en diferentes puntos, y por ambas partes. Las nubes de humo imitan una faja de niebla en los elevados cerros, desde donde y tras de resistentes trincheras pelean las tropas carlistas; las nubes de humo ocultan abajo los batallones bizarros que atacan de frente

protegidos por los cañones, cuya ronca voz domina por instantes el gárrulo estrépito de la fusilería; esas nubes de humo de acá y de allí, parecen desprendidas de invisible incensario, movido por oculta mano ante las aras de un Dios. Marte recibe, con efecto, ese incienso; pero la mitología abunda en transfiguraciones, y ese dios mudará luego de sexo y de nombre: llamaráse la Libertad.

Cuando esto vá á ocurrir, cuando, despues de largas angustiosas incertidumbres, la victoria se inclina resueltamente del lado de las armas liberales, y, arrancado el enemigo con la punta de las bayonetas de sus formidables defensas, se declara en precipitada fuga,—los clarines de la caballería dan á los aires sus acentos que tienen algo de lúgubre y fatídico; la enorme masa negra sale á todo escape en persecucion de los fugitivos, sin que apenas se sienta el rumor de sus pasos, que dejan sobre la nieve como una gran mancha cenagosa. Es un huracan que lo barre y lo destruye, todo, y que sigue, y sigue adelante con ímpetu irresistible.

Pero lo imprevisible llega.

El fuego que paulatinamente habia ido debilitándose hasta hacerse escaso y aislado, reproduce terrible al atravesar los aguerridos escuadrones por una estrecha cañada. Tres nutridas descargas consecutivas salieron de las enrisgadas breñas, por las que treparon á seguida, prorumpiendo en desaforado clamoreo y desapareciendo como por encanto, los intencionados autores de tal hazaña. Con tan brusca acometida, el desorden y la muerte ábrense paso en las filas, y numerosas victimas ruedan á tierra y son atropelladas por los fogosos corceles que saitan aterrorizados, hasta que la vigorosa mano acierta á refrenarlos. La caballería logra á poco rehacerse, y ya sin adversarios á quienes perseguir, vuelve cautelosamente á reunirse con los compañeros de tan costosa victoria.

Enrique de Vargas no es de los que vuelven, es de los que quedan. A la segunda traicionera descarga habia caido al suelo, habia sentido pasar sobre él un huracan arremolinado, y habia advertido luego cómo todo quedaba silencioso en torno suyo. Su propia intuitiva queja y un sordo rumor que iba apagándose á lo léjos, era lo que oía; nada más. Sin perder por completo la conciencia de su estado, notaba un extraño sopor que entorpecía sus sentidos y un dolor agu-

dísimo sobre el corazon. El sitio en que este dolor le atormentaba, bastaría para traer á su pensamiento un acariciado recuerdo, si este recuerdo hubiera desaparecido un instante siquiera ante lo rudo de la sorpresa y lo súbito de su desgracia.

Enrique, tendido sobre el húmedo suelo, quieto como un muerto, y con los ojos cerrados, quejábase y soñaba. De las profundidades de su alma surgía la imágen risueña de la mujer adorada, y de lo hondo de su pecho salia un quejido lastimero. El quejido cesó de pronto y la vision se animó más y más. Enrique creia verla á ella, á la mujer querida, acudir á su lado, prodigarle frases de cariño entrañable; colocar su cabeza en el muelle regazo y pasar su mano suave y fria por su abrasada frente. Y Enrique sentia de veras el contacto de aquella mano; tan cierta era tal impresion para el infeliz herido, que una leve sonrisa apuntó en sus lábios y los pesados párpados se abrieron. La sonrisa desapareció; los ojos de Enrique vieron los menudos copos de nieve que caian silenciosos de la altura como lluvia de hojas de jazmines. Enrique vió casi á la vez que no estaba solo allí. Al alcance de su brazo estaba el cadáver de un enemigo en cuyo rostro habia dejado la muerte, sarcástica expresion de alegría y de burla que causaba horror. Tenia muy contraída la rasgada boca, y entreabiertos los hinchados ojos como las valvas de un molusco. Enrique cerró los suyos otra vez, tembló con temblor doloroso que recorrió todos sus miembros, y, haciendo un poderoso esfuerzo, volvió la espalda á aquella espantosa realidad.

Y la nieve seguia cayendo, cayendo.

VII

—Mire Vd., es aquí,—decia Enrique con débil y angustiosa voz al jóven médico, que iba recorriendo las camas de los pobres heridos del hospital de sangre.—Sentí un rudo golpe sobre el corazon, y caí al suelo; pasó despues como una tempestad por encima de mi frente; lo intenso del dolor, y no sé qué vanos terrores que me causaba lo que en derredor veía, me prestaron fuerzas para volverme descansando sobre el lado herido. El frio contacto de la nieve me produjo por instantes un ligero alivio; ahora padezco más, mucho más; pero yo creo que Vd. en-

contrará medio de salvar mi vida, ¿verdad? Si la bala hubiese llegado al corazón, me hubiera muerto en el acto, ¿no es cierto?

A estas palabras de Enrique, siguió un quejido medio ahogado, y al pronunciar sus labios un nombre que nadie entendió, vino á ellos sanguinolenta espuma que la mano de Rufo, allí presente, pálido y desenchajado, se apresuró á limpiar.

El médico examinó al herido con impasible semblante, y comprendió bien pronto lo desesperado del caso: el proyectil había interesado el pulmón, yendo acaso á incrustarse en el pericardio, y se presentaba clara una neumonía traumática que privaba de toda esperanza. En cargo que se aplicasen compresas de agua de hielo sobre la parte vulnerada, y cambió breves frases con el sacerdote que le seguía.

Mientras Rufo preparaba solícito lo prescrito por el doctor, Enrique sacó de bajo la almohada dos objetos que llevó á sus labios con ansia febril.

—No moriré, no,—decía cuchicheando como si hablase al oído de la amada de su alma;—tú le pedirás á Dios por mi vida todos los días; y pedirá mi madre también, mi madre, que es tan buena, que ha colgado á mi cuello este blanco escapulario, y que ha de querernos tanto á los dos... La traidora bala ha roto tu retrato; ha llevado por delante de sí tu rostro de ángel; tal vez le ha hecho entrar hasta mi corazón... ¿Acaso no sabía que tu imagen estaba ya grabada en él muy profunda, muy profunda?... Sufro ahora mucho, mucho; pero después gozaremos tanto, tanto!...

Enrique quedó como aletargado por largo rato. Cuando volvió en sí, comenzó por exhalar un grito de sufrimiento, tendió una dura mirada en torno suyo, y se fijó, por último, en el fiel Rufo, que sollozaba á los pies del lecho, con el rostro oculto entre las manos.

—¿Qué hora es?—preguntó.

Rufo, disimulando mal lo que por sus adentros pasaba, trató de sonreír, buscó en el chaleco de Enrique, y mirando al reloj, contestó:

—Faltan veinte minutos para las once. ¿Cómo se siente Vd., mi capitán? ¿Quiere Vd. que renueve los paños de agua fría?

Y diciendo y haciendo, desenrolló el vendaje con el exquisito cuidado que pudiera poner una madre; colocó la nueva compresa, y procuró

proporcionar al paciente las mayores comodidades posibles.

—Gracias, gracias, Rufo—dijo Enrique con cariñoso acento;—eres un buen muchacho. Ahora tengo menos dolor y menos fatiga. Mira: colócate aquí; ponte de modo que no me dé aquella luz en los ojos, y escucha.

Obedeció el soldado, y después de interponer su cuerpo, á guisa de pantalla, entre la pobre luz y el rostro de su jefe, inclinóse para escuchar:

—Quiero que me entretengas un rato hablándome de tu señorita, de la señorita Lola, que tanto interés se ha tomado por tí. Cuéntame algo de lo que recuerdes, porque tú la recordarás mucho, sin duda; tú serás agradecido.

Enrique miraba fijamente al fiel servidor; su boca estaba entreabierta y parecía olvidarse de todos sus males, esperando el más eficaz de los consuelos.

—Sí, mi capitán; yo la recordaré siempre. ¿Cómo había de olvidarme de ella? Durante ocho años viví en aquella casa, y Dios sabe que no hubiera dejado nunca á mis amos á no haber tenido que seguir la suerte de soldado. La señorita Lola me quería mucho; de pequeñita jugaba conmigo, y después también. El señor, su padre, solía decir que á veces era cruel en sus juegos y caprichosa; pero yo jamás tomé á mal lo que me ordenaba, me alegraba mucho de verla contenta. ¡Se reía con tanta gana cuando yo la ponía sobre mi espalda y la paseaba por el salón, apoyando en la alfombra mis rodillas y mis manos! Si corría demasiado, me hacía cosquillas aquí, debajo del brazo, y con la otra mano se asía á mi pelo y me detenía.

—De modo que tú eras su...

—Su caballo, mi capitán.

—¿Y ella?...

—Ella... era ya del arma, mi capitán.

—¿Y últimamente, estaba triste?

—La señorita Lola, mi capitán, no es como otras en muchas cosas. Por de pronto, es más hermosa que todas. En ocasiones, estando de muy mal humor, se rie hasta ponerse mala; dice el señor que es nerviosa como un pájaro. El día en que Vd. debía ponerse en camino para venir á la guerra, tuvo mucho de eso. Aquel día conocí yo mejor que nunca lo buena que era mi señorita y lo que me quería á mí, á un humilde criado. Supo que yo también iba á ser soldado y á entrar en campaña, y quiso que me dejara cortar el

pelo. "Tú eres un quinto, Rufo,—decía ella,—y ya no debes llevar esas melenas ensortijadas; te entraria mal la gorra de cuartel; es preciso que usted se deje pelar á punta de tijera, señor recluta." Y hablando así, muy deprisa, comenzó á trasquilarme y á reirse y á moverme la cabeza de un lado á otro. Yo, mi capitán, confieso que me parecia mal lo que la señorita hacia conmigo; sobre todo, cuando se le iba sin querer la punta de las tijeras y me picaba en la piel; pero, al fin, comprendí que mi señorita era un ángel. Todo aquello era para dispensarme una prueba de cariño que yo no merecia. La señorita Lola concluyó por escoger entre los rizos cortados uno que le pareció más claro y más brillante que los otros; lo atusó con sus dedos pequeñitos humedecidos en sus labios; lo fué rodeando así con un hilo de seda azul.... ¡Qué! mi capitán, ¿se siente usted peor? ¿Quiere Vd. variar de postura?

—No... no... Sigue, Rufo, sigue. Te lo mando.

—Pues bien, mi capitán: como iba diciendo, la señorita rodeó con la seda azul aquel rizo, y mirándole de hito en hito me dijo:—"No es verdad que este rizo podria pasar por mio? Los dos somos muy rubios, tú y yo; el pelo es lo mejor que tú tienes, ya lo creo; tú no sabes lo que vá á ser de este rizo; este rizo me vá á servir á mí; este rizo será un recuerdo muy querido para una personita, para una personita que tú conoces..." Y reia, mi capitán, y reia.

El pobre Rufo, animado con su relato y como la luz no alumbrase el rostro del moribundo jóven, no veia unos ojos abiertos, muy abiertos, que se movian con espanto, y no oia la respiracion anhelante y fatigosa del pecho de Enrique, cuya boca arrojaba viscosa espuma.

—La señorita Dolores buscó un papelillo muy fino, azul tambien, y colocó dentro de él aquel rizo de mi cabeza, que guardó en seguida en su seno. En aquel instante, créalo Vd., mi capitán, yo que estaba de rodillas, aproveché mi posicion para adorarla en silencio como se adora á los santos. ¡Acaso un miserable criado podia esperar nunca que su bella señorita quisiera conservar un recuerdo suyo? Cierito que yo la habia obedecido siempre y la habia servido largos años, que iba á separarme de ella y de su señor padre para morir tal vez en los campos de batalla; pero de todos modos, preciso era tener un corazon como el suyo para darme una prueba tal

de afecto y de compasion. ¡Bendita señorita mía! ¡Dios la haga dichosa!

Rufo calló.

Esperó durante algunos momentos á que el capitán le pidiera otras noticias ó celebrara aquel rasgo de bondad, pero esperó en vano. Rufo entonces se inclinó sobre el herido, advirtió con espanto que sus ojos vidriosos le miraban inmóviles, que su pecho no se agitaba, que sus labios sin aliento estaban teñidos de sangre..... Tocó la frente del capitán, y sintió frío; le llamó con voz trémula, y nadie respondió...

El capitán de húsares, Enrique de Vargas, habia muerto.

.....

Al colocar en una camilla al número 15 del hospital de sangre para conducirlo á la fosa comun, se advirtió que la mano izquierda del cadáver, rígida y contraída, estrujaba un pequeño papel azul, dentro del cual habia un rizo de callos rubios rodeado con seda de aquel mismo color, como suelen rodearse con tiras de negro crespon las coronas de siemprevivas que adornan los sepulcros. La mano derecha, puesta sobre el corazon, cubria un blanco escapulario.

Entre las almohadas del lecho se encontró un retrato de mujer, traspasado á la altura del rostro por una bala. Al respaldo se leia una dedicatoria en que se hablaba de amor.

FÉLIX DE ARAMBURU Y ZULOAGA.

Oviedo, Setiembre de 1878.

CRÓNICA CIENTÍFICA.

El daltonismo y los daltonianos.—La ciencia y los *stradivarius*.—Un motor de ácido carbónico.—El movimiento continuo.—La utilizacion del calor solar.—Los teléfonos sin placa vibrante y sin electroiman.—Las filoxeras aladas.—Los ruidos del corazon.—La higiene de los mineros.—El observatorio de Pulkowa.—Las inundaciones del Tiber y el régimen de este rio.—La fuerza de penetracion de los proyectiles.—Relacion de esta fuerza con el diámetro del proyectil y su velocidad.

El *daltonismo*, como recordarán nuestros lectores, es una imperfeccion especial de la vista. Los daltonianos no ven ciertos colores, ó ven rojo lo que es verde, y viceversa. Una persona que está afectada de daltonismo, ha escrito á la Academia de ciencias de Paris, poniendo en su conocimiento que percibe muy bien el blanco, el rojo amapo-

la, el azul de cielo, el amarillo fuerte, y, suponiendo que todos los demás daltonianos se hallan en el mismo caso, recomienda que sólo se usen dichos colores, en lo sucesivo, para señales, tanto en los caminos de hierro como en los buques.

Desgraciadamente, no todos los daltonianos, y su número es mucho mayor de lo que se cree, ven de igual modo los diversos colores, y adoptando los matices referidos, subsistiría el inconveniente.

Pero se podría introducir ciertas modificaciones en la forma de las señales, haciéndolas cuadradas, triangulares y circulares; de lejos, se distingue menos fácilmente la forma que los colores; pero combinando las dos cosas, se obtendría una garantía más contra errores siempre terribles.

* * *

Se ha tratado de dar cuenta, científicamente, de las notables cualidades de los violines *Stradivarius*, sobre cuyo asunto envió una nota hace algún tiempo M. Brachet. Un fisiólogo italiano, poseedor de uno de esos maravillosos instrumentos, lo ha estudiado con atención y cree que lo que constituye su superioridad es la clase de la madera que se emplea, en primer lugar, y en segundo el esmero con que se ejecuta el acoplamiento ó el ajuste de las diversas piezas.

Nosotros creemos que no se necesitan largas experiencias para llegar á iguales deducciones.

* * *

M. Tresca ha recibido una carta en que se somete á un exámen: la descripción de una máquina con la que puede utilizarse la considerable fuerza de expansión del ácido carbónico cuando pasa del estado sólido al estado líquido y después al gaseoso.

* * *

* Se continúa buscando el movimiento continuo. Un capitán retirado, cuyo nombre no se ha expuesto á la admiración del mundo sabio, pretende hallarse en buen camino.

* * *

El simpático profesor de la Universidad M. Mouchot; que á fuerza de perseverancia ha llegado á demostrar la posibilidad de utilizar seriamente el calor solar, ha comunicado á la Academia los últimos resultados de sus experimentos.

La cocción de los alimentos al sol, es cosa corriente. En el Champ-de-Mars, con un aparato cuyo espejo no tiene más que una abertura de un quinto de metro cuadrado, ha hecho asar M. Mouchot una libra de vaca en 22 minutos.

Con un reflector de medio metro de abertura hizo hervir en media hora medio litro de vino,

que, vaporizado, dió un excelente aguardiente, bueno sobre todo, después de una segunda destilación.

Las aplicaciones mecánicas del aparato son verdaderamente notables.

El 1.º de Setiembre instaló M. Mouchot el mayor reflector solar que se ha construido hasta ahora: tiene veinte metros cuadrados de abertura.

En el centro hay una caldera de 250 kilos de peso, con sus accesorios, en la que 70 litros de agua llegan á la ebullición en media hora, á una presión de seis atmósferas.

El vapor producido se empleó en mover, á tres atmósferas, una bomba que elevaba á dos metros de altura, de 1.500 á 1.800 litros de agua por hora.

Y hé aquí, por último, un resultado verdaderamente "práctico" como lo reclamaban los incredulos. Es indudable que, en las regiones tropicales, la invención necesita poco para ser aplicable, y, como se dice, industrial.

Es un nuevo rasgo á la mitología. Apolo sólo fué pastor en casa de Admeto: nosotros le obligamos ahora á ser asador, destilador y... bombero.

* * *

Dicididamente el teléfono hará condenarse á los señores físicos. Hoy, sobre todo, que se le puede combinar con el micrófono, se llega á resultados increíbles.

M. Canestrelli ha experimentado, en efecto, con teléfonos de los que sucesivamente suprimía, ya la placa vibrante, ya el electro imán; por medio del micrófono se consigue oír y poder comunicarse.

M. Bouilland, con este motivo, niega los efectos producidos por el fonógrafo.

* * *

Una noticia bastante grave, si se confirmara, ha sido comunicada á la Academia de Ciencias por M. Chevreul, en nombre de un viticultor muy conocido, M. A. Champion.

Sabido es que la mayor parte de las medidas de protección adoptadas contra la filoxera, descansan sobre la idea de que este insecto carece de alas. Se supone que no puede trasportarse á grandes distancias, sino por la acción del viento, que lo arrastra como el polvo, y que no puede hacerle recorrer generalmente más que distancias cortas. Pues bien; M. Champion ha visto últimamente filoxeras recién nacidas, provistas de alas, que en pleno día remontaron su vuelo y desaparecieron.

En esto, como se vé, hay un nuevo peligro que combatir, porque el insecto se halla dotado de un poder de invasión mucho más temible de lo que se creía.

* * *

El doctor Constantino Paul ha presentado, por conducto de M. Bouillaud, una obra sobre los ruidos del corazón. Por el mismo sabio se ha dado cuenta de otros trabajos debidos al doctor P. Fabre, médico de las minas de Commeny, sobre las condiciones higiénicas de la profesion del minero y la influencia de los trabajos subterráneos en la salud de los obreros.

*
* *

El director del Observatorio de Pulkowa, presente en la sesion á que nos referimos, ha dado algunos interesantes pormenores sobre el establecimiento que dirige.

Tambien debemos hacer mencion de una nota de M. Betocch, relativa á las inundaciones del Tiber y al régimen de este rio.

*
* *

M. Martin de Brettes leyó una Memoria muy corta, pero llena de interés, sobre ciertos puntos de balística.

Todos los que se ocupan algo de ciencia y de artillería, conocen el nombre de M. Martin de Brettes, que hace veinte años era ya uno de nuestros más distinguidos oficiales, á quien se debian notables trabajos.

Desde 1853 habia inventado varios aparatos ingeniosos, destinados á facilitar la medida de los intervalos de tiempo muy cortos, tales como los que separan el paso de un móvil, y particularmente de un proyectil por posiciones sucesivas conocidas. El interés práctico de estas investigaciones era la posibilidad de determinar exactamente la velocidad de las balas lanzadas por las armas de fuego. En este propósito, justo es decir que habia sido precedido por Wheatstone, en 1840, y M. Navez habia publicado en 1853 sobre la materia una obra que ha llegado á ser clásica.

En rigor, por una observacion poco complicada, se puede obtener la determinacion de la velocidad de un proyectil de una manera suficiente. Durante el sitio de París, con auxilio de los relojes de segundos hemos calculado perfectamente la velocidad de los proyectiles lanzados por las baterías prusianas desde Bagneux, Chatillon ó Fontenay. Por término medio, aquellos proyectiles recorrian una distancia de 420 metros por segundo.

Por el contrario, conociendo la velocidad se puede calcular fácilmente la distancia á que se encuentra una batería, por el número de segundos que tarda en llegar el proyectil.

Pero tales procedimientos son poco científicos y no darian, por ejemplo, la velocidad del proyectil á tal ó cual punto de su carrera; esta velocidad varia necesariamente desde el momento del disparo hasta que revienta la bomba con el choque. Se ha llegado, sin embargo, á poder apreciarla en

un momento dado del trayecto, gracias á la electricidad, que permite notar instantáneamente las diversas fases del rápido movimiento.

Puede decirse que esta aplicacion de los aparatos eléctricos, ó más bien electro-magnéticos, data de la invencion del telégrafo actual.

M. Martin de Brettes se refiere en su reciente comunicacion á una fórmula matemática establecida por él en 1870, y relaciona el peso, la densidad, la velocidad de un proyectil y su fuerza de penetracion en las planchas de blindaje. Esa fórmula ha sido modificada por su autor, y conduce á las siguientes conclusiones prácticas:

Una plancha de cualquiera espesor podrá siempre ser atravesada por un proyectil cuyo diámetro sea igual á la mitad del espesor, á condicion, por supuesto, de que se dé á ese proyectil una velocidad suficientemente grande.

Es decir, que por ahora la bala lleva ventaja sobre la plancha. Veremos cómo esta se defiende.

P. DUVERNEY.

DOS LÁGRIMAS!

Cuando las palabras faltan para expresar las ideas, cuando, todos los argumentos agotados, enmudece la lengua, reconociéndose impotente para convencer, existe todavía algo más fuerte, más expresivo, más conmovedor: las lágrimas. Yo he visto resistirse la voluntad más inflexible en hombres y en mujeres y no ceder ante las razones más fuertes y más justas; y he visto tambien á esos mismos hombres y mujeres doblarse humildes bajo el débil peso de una gota de agua, resbalándose tímida desde los ojos á las mejillas.

Esta es una historia que prueba la verdad de lo que digo.

Después de una ausencia de algunos años, en una noche del pasado invierno, me encontré en el teatro Real á un antiguo y querido compañero de colegio. Pasamos el primer entreacto hablando á tontas y á locas de nuestros pasados tiempos, y cuando terminó aquél quedamos en reunirnos á la salida.

Ya era la una y media de la madrugada cuando, abandonando la mesa del Suizo, nos disponíamos cada cual á volver á nuestra casa. A la puerta del café una pobre mujer, abrigando entre sus harapos á un chiquitín dormido, nos tendió la mano demandando una limosna. Mi amigo se adelantó, y como al darla algunos cuartos sintiese caer sobre su mano lágrimas de agradecimiento de aquel sér desgraciado, le ví eñarse la mano al bolsillo del chaleco y entregarla todo el dinero que llevaba.

—Siempre tan loco como buen corazón,—le dije yo.

—No es caridad, amigo mio, lo que me ha hecho ahora hacer esta buena obra,—me contestó.

—No te entiendo.

—Vas á comprenderme. Hace poco me pregun-

tabas qué causa tan poderosa influyó para mi larga ausencia de Madrid, y para el abandono de mis locuras: pues bien, amigo mío, las lágrimas de esa pobre mujer han despertado en mí un triste y dulcísimo recuerdo, que se roza con el suceso por que me preguntabas.

—Querria conocerlo.

—Mañana te espero en mi casa á tomar el café: allí hablaremos,—me contestó mi amigo.

Puntual á la hora de la cita, pasé aquella noche entera oyendo la historia de mi amigo, que es la misma que os prometí al principio de estas líneas.

Quiero relatarla yo, como si hubiese sido testigo presencial, para evitaros las fastidiosas repeticiones de las preguntas y respuestas que entre nosotros se cruzaron.

Era el pueblo de Antonio (así mi amigo se llamaba), una aldeita de Aragon, que acariciaba con sus vientos el Moncayo, y regaba con sus aguas un riachuelo tributario del Ebro.

Fértil su suelo, y trabajadores sus hijos, habian inducido al padre de Antonio, antiguo militar, á fincar en su término, logrando ver aumentada su fortuna, ya respetable por aquel entonces.

Después de los primeros estudios, Antonio siguió la carrera de Leyes, en Madrid, coincidiendo, desgraciadamente, la terminacion de ésta con la muerte de su padre.

Vieja y sola la madre de Antonio, procuró retenerle á su lado; pero éste, loco y aturdido, con dinero y ávido de goces, sólo la visitaba cuando, agotados los recursos, buscaba nuevos medios para seguir su vida de placeres.

Una de sus visitas coincidió con la fiesta que dedican los vivos á los muertos.

Era un día de difuntos; la viejecita rezaba ante el retrato de su querido compañero; colocado bajo la santa imágen de una Virgen de los Dolores; la tarde declinaba, y el chisporroteo de unas lamparillas que alumbraban ante la imágen interrumpian sólo la monotonía del silencio: Antonio, sentado frente de frente á su madre, parecia meditar.

—Hijo,—exclamó la viejecita fijando en él sus ojos con amor,—¿en qué piensas?

—Pienso, madre,—contestó Antonio,—en que estas soledades aumentan la tristeza de este día.

—¿Tanto te aburres?

—Mucho, madre.

—Y, sin embargo, aquí tienes el sér que más te quiere en el mundo, el que más piensa en tí, yo; aquí, entre las tapias de ese cementerio que se descubre á ver desde la ventana, reposa en tierra tu buen padre. Y, sin embargo, estos horizontes fueron los primeros que acariciaron tus ojos; los murmullos de ese río, los primeros que te adormecieron; la fragancia de estas flores, las primeras que halagaron tu olfato; aquí aprendiste tu primera oracion; aquí sonreiste por la primera vez. Ven á mi lado, siéntate á mis piés, apoya tu cabeza en mis rodillas y hablemos, hijo mío.

¿Por qué no quieres estar á mi lado? ¿Me harias tanto bien!

—Madre, yo ya no sé vivir en estos pueblos, esta tranquilidad me aburre, este silencio pesa sobre mi alma como una funeraria losa; mi porvenir necesita de otros horizontes; mi ambicion más vastos campos. El bullicio de la ciudad es arrebatadora alegría á mis sentidos, y su agitacion, su

movimiento, es corriente eléctrica que me anima y me moviliza.

—Eres rico,—contestóle su madre,—el dinero todo lo alcanza, y con él procura placeres, diversiones, pero aquí á mi lado, prestando abrigo y sombra á esta vetusta planta de la cual tú eres flor. Yo soy vieja, muy vieja; dentro de poco cesaré de vivir, helada por el frio de los años; y si tú no me dejas, robándole calor á tus miradas, sávia á tus besos y vida á tus amores, tal vez prolongue mi existencia.

—Véngase Vd. conmigo,—replicaba Antonio;—vivamos en Madrid.

—¡Qué loco eres! ¿No ves que ya soy flor tan próxima á secarse que al menor cambio en el suelo que la sustenta puede hacer desprender sus hojas? Tú no me quieres, hijo, tú no me quieres,—y al decir esto, de los apagados ojos de la viejecita brotó una lágrima que vino á caer rodando sobre la mano de Antonio.

Una revolucion inexplicable se verificó en él, y sin darse cuenta de su movimiento, cayó de rodillas ante la anciana, oprimiendo su mano con sus lábios.

—¡Madre, madre,—la dijo,—lo que no han podido tus palabras, lo que tus consejos no han podido, ha podido esta lágrima al caer sobre mi mano! Gota de fuego del rayo de tus amores, ella ha fundido el velo que cegaban mis ojos; rocío de tu alma ha hecho brotar en mi seco corazón la hermosa flor de mis deberes; estrella de la corona de esa vírgen que nos contempla, ha alumbrado á mi razon, haciéndola comprender que hacer bien es el mejor de los placeres, y que cuando ese bien se puede hacer por nuestros padres, es celestial ventura que de Dios viene y que de Dios se cobra. Sí, madre, sí; mientras tú vivas quiero estar á tu lado, y vivir mucho, mucho, que es tal el amor que en mi alma rebosa, que si no tuviera mucho tiempo para amarte, siento que me ahogaría.

Y al acabar de decir estas palabras lloraba Antonio, confundiendo sus lágrimas con las de su madre, que tambien lloraba; pero, entonces, de felicidad.

* * *

Esta es la historia que me contó mi amigo Antonio, y que debí saber al recuerdo que despertó en él la lágrima que cayó de los ojos de la pobre sobre su mano. Yo oí decir á mi amigo que aún sentia el calor de la lágrima de su madre, y que en cuantas ocasiones de su vida necesitaba consuelo, libaba con sus lábios el sitio que humedecieron aquellas santas lágrimas.

No se quiera ridiculizar el llanto: en él envuelto, salen muchas penas del alma, muchas tristezas, muchos desengaños; sin él mataría el dolor y la alegría; sin él, sin su mudo lenguaje, se dejarían de comprender muchas cosas.

¡Qué hermoso es llorar! ¡Benditas sean las lágrimas!

LUIS DE SANTA ANA.